

SERVICIO
SECRETO

SS

MUERTE REPETIDA

Curtis Garland



PARA MAYORES
DE **18** AÑOS



**SERVICIO
SECRETO**



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.539. — Peces del infierno.

En Colección PUNTO ROJO:

934. — La muerte asiste a la boda.

En Colección LA HUELLA:

134. — Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

MUERTE REPETIDA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.546

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 751 – 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: marzo, 1980

© Curtis Garland - 1980

texto

© Desilo - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la
Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto
exclusivamente de la imaginación del
autor, por lo que cualquier semejanza con
personajes, entidades o hechos pasados o
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Dicen que un hombre no puede morir dos veces.

Dicen que todo ser humano nace, vive y muere una sola vez. Al menos por el momento, nadie ha probado que exista la reencarnación sin lugar a dudas. Nadie ha demostrado que ha vuelto del Más Allá, del Valle de las Sombras.

Por tanto, solo se vive una vez. Se muere una vez.

Y, sin embargo...

Sin embargo, mi experiencia es diferente. Muy diferente.

Porque yo... he muerto ya una vez.

No, no. Por paradójico que parezca, no he de vivir dos veces. Solo he de morir dos veces. Parece igual. Pero no es lo mismo. Ni mucho menos.

La historia de mi segunda vida es la que, tal vez, interese a alguien, si alguna vez llega a creerla. Lo malo es que, oficialmente, nunca podrá ser narrada. Pertenecer al secreto del sumario. Al más alto *top secret* imaginable. Es asunto de Estado, y como tal quedó precintado en un archivador especial de los Servicios de Inteligencia de mi Gobierno. Tal vez para no salir nunca más a la luz. Un *dossier* más, entre tantos otros de la sorda y secreta guerra de los Servicios Secretos de todo el mundo, confundido entre los demás, en un polvoriento y oscuro rincón del Intelligence Service británico.

Pero yo, ahora, quiero dar un paso adelante para revelar ciertas cosas que nadie sabrá jamás por conductos oficiales o a través de la prensa, la radio, la televisión y todos esos sistemas de comunicación de masas controlados por el supremo poder fáctico que son los gobiernos de las grandes potencias mundiales. Ellos permiten a la gente saber estrictamente lo que no puede causar daño a sus intereses comunes. Ocultan la verdad, a veces mienten, a veces engañan... y a veces, simplemente, callan. Las más de las veces, les basta el silencio.

El silencio es el gran aliado de los gobernantes de todo el mundo. Gracias al silencio, grandes enigmas históricos continúan siéndolo incluso hoy en día, en que parece imposible guardar un

secreto de envergadura, en un mundo intercomunicado por medio de satélites, radio, agencias informativas, télex y todo eso. En una época en que podemos ver a un hombre posarse en la Luna, desde a las profundidades marinas, o fotografiar en el espacio imágenes de Saturno, Júpiter o Marte.

La gran paradoja es esa. En una época así, en que los misterios parecen imposibles y cosa arcaica de lejanos tiempos, seguimos muchos sin saber —al menos oficialmente—, quién pagó las manos armadas que mataron a los dos Kennedy, John y Robert, quién sabotó el avión de Ragg Hammersjold, quién patrocinó tal guerra civil, quién pagó tal revuelta, quién financió aquel atentado, este sabotaje o la otra acción violenta que conmueve al mundo, o quién suministra abundantes fondos, material e instrucción a comandos violentos en todo el planeta, con tal o cual ideología, sea ella cual sea.

En un mundo con semejantes contrasentidos, yo viví la experiencia que nadie sabrá jamás, como agente secreto al servicio de Su Graciosa Majestad británica. No, no tengo nada de James Bond 007, ni de otros superhombres por el estilo. Mi historia, desgraciadamente, tampoco está salpicada de galanteos, aventuras divertidas, ni espectaculares situaciones con armas fantásticas y virtualmente imposibles.

Soy, solamente, un agente secreto. Solamente un hombre, al servicio de un sistema en el que creo y de unas tradiciones políticas y sociales en las que firmemente tengo fe ciega. La suficiente para jugarme la vida. La precisa para morir no una, sino mil veces si fuera preciso.

Ocultaré algunos hechos, alteraré fechas, situaciones, datos concretos, y falsearé nombres, personas y entidades para no cometer un delito de traición al alto secreto de Estado. Pero relataré aquí mi historia completa. Hasta que quien la lea alguna vez, pueda saber cómo un hombre puede llegar a morir dos veces, en defensa de algo por lo que lucha hasta el fin.

Creo que nadie, por excepcional que sea, habrá tenido hasta ahora esa misma oportunidad.

Solo deseo que no se le presente. Porque a veces, la vida, sobre todo entre dos muertes, puede ser la más angustiosa y terrible de las pesadillas.

La historia comienza un domingo de sol.

Puede parecer vulgar, pero un domingo soleado no resulta tan vulgar en Londres, ni mucho menos. Hasta el sábado, justamente, había estado lloviendo sobre la capital de Inglaterra. Los charcos de agua de lluvia estaban secándose rápidamente aquel domingo por la mañana, en los alrededores de Hyde Park, cuando se inició esta fantástica aventura.

Sir Ronald Palmer, del Foreign Office británico, se encontró con *Sir* Brian Pendleton, del Intelligence Service del Gobierno de Su Majestad, cuando ambos habían abandonado sus respectivos automóviles particulares, negros, sobrios y circunspectos, como todos los coches oficiales ingleses y como sus pesados y viejos taxis, para tomar un poco de tibio y dorado sol en sus rostros habitualmente demacrados y con aire nada saludable, por culpa entre otras cosas de sus largas horas de permanencia en locales cerrados, ya fuesen despachos, recintos oficiales o instalaciones estrictamente restringidas para sus correspondientes y altos servicios burocráticos.

—¡Qué agradable sorpresa, *Sir* Ronald! —exclamó afablemente *Sir* Brian, apoyando su negro y bien cerrado paraguas en el suelo encharcado, para tender su mano diestra al dirigente de los asuntos exteriores británicos.

—¡Qué grata coincidencia, *Sir* Brian, encontrarnos hoy aquí — fue la respuesta del otro caballero de impecable paraguas negro, negro bombín y abrigo también oscuro, cortado por uno de los mejores sastres de Old Bond Street

Ambos hombres se sonrieron dándose la mano, y estudiándose respectivamente con astuta y crítica mirada, como si en vez de dos honestos y altos funcionarios del Gobierno, fuesen dos antagonistas a punto de cruzar sus paraguas en duelo singular

—¿Muchas novedades por el Ministerio? —se interesó *Sir* Brian Pendleton, con aire inocente.

—Oh, a veces demasiadas —divagó *Sir* Ronald agitando su paraguas—. Ya sabe, *Sir* Brian, cómo anda de revuelto el mundo... En nuestros días, el Foreign Office es uno de los organismos de Su Majestad que más tiene que trabajar, y en circunstancias más

difíciles, mi querido amigo.

—Lo comprendo, lo comprendo. El ámbito internacional es siempre tan complejo.

—Pero tampoco usted debe andar falto de trabajo, mi querido *Sir Brian*. Creo que el Intelligence Service tiene muchos problemas por resolver...

—Problemas que acostumbramos resolver habitualmente —puntualizó agudamente, con cierta ironía *Sir Brian Pendleton*, brillándole maliciosamente los ojos estrechos y oscuros.

—Por supuesto, por supuesto, mi querido amigo —proclamó *Sir Ronald*, como si la sola duda a ese respecto rozase casi el sacrilegio —. Por ejemplo, el difícil problema de los comandos del «Doctor X», creo que está ya a punto de resolverse ¿no es cierto?

Evidentemente, *Sir Ronald* había dado en un punto débil del adversario, porque *Sir Brian* se plegó un poco sobre sí mismo, como los erizos al enroscarse para protección propia, y reveló en su mueca un cierto sentimiento de irritación, pese a que sus modales siguieron siendo exquisitos, y sus palabras, palabras que sonaban a cordialidad:

—Por supuesto, *Sir Ronald*, por supuesto. Esos misteriosos saboteadores y enemigos de la Corona están virtualmente ya en nuestras manos, se lo garantizo.

—Por lo que más quiera, *Sir Brian*, su palabra es simple garantía para mí, así como la probada eficiencia de su Departamento. El otro día discutí con nuestro ministro, precisamente por esta cuestión. Él afirmaba que el Foreign Office no trabajaba lo bastante deprisa para terminar con esa peligrosa organización extranjera y yo le aseguré muy disgustado, que nadie podía poner en tela de juicio la eficiencia de *Sir Brian Pendleton* y de sus hombres

—De eso puede estar bien seguro, *Sir Ronald* —la voz de *Sir Brian* se había vuelto un poco glacial en ese momento—. Podría decirle, en este mismo momento que uno de sus más audaces y temibles comandos de agentes especializados en el sabotaje y la violencia, está a punto de caer en nuestras manos... y con él, tal vez, toda la propia organización incluidos sus altos jefes.

—No me cabe la menor duda de ello *Sir Brian* —sonrió con aire compasivo *Sir Ronald Palmer*—. Y vaya por adelantado mi felicitación y la de todo nuestro Ministerio.

—Muy amable —le estudió, sibilino, con su mejor sonrisa, el jefe del Intelligence Service. Luego dirigió una mirada de soslayo hacia otro caballero que avanzaba en esos momentos hacia ellos, paraguas en mano y con su inevitable bombín en la cabeza y añadió con rapidez—: Pero dejemos la cuestión que carece de importancia *Sir Ronald*, al lado de los graves problemas que, sin duda aún debe resolver con todo su probado tacto el Foreign Office, entre otras cosas porque viene *Lord Melville* por ahí, y bien sabe usted, mi muy estimado colega, que a las Oficinas del Gobierno no les gusta en absoluto que se hable trivialmente en público de cuestiones políticas o de seguridad

—Eso es muy cierto —la ira que había empezado a germinar, muy educadamente, eso sí, en *Sir Ronald*, ante la incisiva sugerencia de su colega respecto a los asuntos internacionales que de él y de su Departamento dependían, cedió en *Sir Ronald Palmer* ante la vecindad de un hombre como *Lord Percival Melville*, de Government Offices en el Parlamento. Un hombre tan importante, frío y cerebral, como enemigo de las rivalidades y disensiones personales dentro de los organismos del propio Gobierno.

El altísimo, delgado y solemne *Lord Melville* fingió sorprenderse al encontrarse ante ellos, y su rostro flaco, apergaminado casi, reveló un asomo de sonrisa cáustica, al inclinarse cortés ante ambos.

—Caballeros... —saludó—. ¿Un encuentro casual al sol de Hyde Park?

—Por supuesto. Totalmente casual —asintió con rapidez *Sir Ronald*—. Estábamos comentando *Sir Brian* y yo lo excelente de este domingo, después de la lluvia de anoche.

—En efecto, hace un día espléndido —suspiró *Lord Melville*, contemplando el cielo sin nubes, tan azul como sus propios ojos astutos, perdidos entre una red de finas arrugas—. Quizá el mejor de toda esta primavera, caballeros. ¿Paseamos juntos, si les parece?

—Oh, por supuesto —se apresuró a aceptar *Sir Brian*—. Será un honor para nosotros.

—Pues charlemos, charlemos —sonrió afablemente el importante funcionario de Gobernación—. Eso sí, con una estricta condición: no se hablará para nada de política ni de asuntos oficiales.

—Claro, claro —*Sir* Ronald miró maliciosamente a *Sir* Brian mientras llevaba la corriente, con aparente entusiasmo, al hombre del Gobierno—. Nosotros nunca hablamos tampoco de nuestras respectivas cuestiones profesionales.

—Me parece muy correcto. Habiendo temas como las mujeres, el deporte o el tiempo, las personas con ciertas responsabilidades deberían morderse la lengua antes de exponer en público sus asuntos confidenciales. Claro que habría muchos que morirían envenenados si hicieran tal cosa... —terminó, con una suave carcajada que molestó, por un igual, a *Sir* Brian y a *Sir* Ronald.

Pero ambos, con exquisita cortesía, se limitaron a sonreír, formándose el trío de caballeros, que inició su amigable paseo por los vericuetos apacibles de Hyde Park en aquel domingo soleado de la ciudad de Londres.

Justamente entonces, tuvo lugar el atentado.

Y los tres hombres eran las víctimas elegidas.

CAPÍTULO II

Todo sucedió tan repentinamente, que resultó imposible preverlo.

Fue como si alguien conociera ya de antemano ciertas costumbres de los altos funcionarios del Gobierno de Su Majestad, cuando había en Londres un domingo con sol y buen clima, y hubiera calculado de forma minuciosa el golpe a descargar.

Los tres hombres habían comenzado a hablar del tema más frívolo del que podían tratar unos caballeros desocupados, como es el de las mujeres, cuando se inició el ataque.

De un cercano macizo de vegetación, entre los setos y los árboles, surgió de forma inesperada una potente motocicleta que rasgó la calma de Hyde Park con el sonido poderoso de su motor. Era una máquina roja, de marca japonesa, y carenado especial. Tras su parabrisas arqueado, se ocultaba un motorista con el casco también rojo cubriéndole su cabeza, y unas grandes gafas su rostro. Bramó la motocicleta al precipitarse sobre los tres hombres... justamente cuando otra motocicleta arrancaba del lado opuesto, para coincidir con la primera, conducida esta vez por un jinete de casco negro

Y ambas enfilaron hacia un mismo blanco en movimiento: los tres hombres de ropas oscuras, impecable bombín y rígido paraguas.

Sir Brian, *Sir Ronald* y *Lord Melville*, lanzaron un triple grito de horror, apiñándose, con expresión de terror, aunque luego *Lord Melville*, con una agilidad envidiable para sus años, saltó rápidamente de lado, con sus largas piernas, buscando la protección de los árboles cuando las motocicletas estaban confluyendo ya, a menos de cinco yardas de sus personas.

Entonces, se materializó la segunda fase del ataque. El segundo motorista llevaba consigo un ligero, pero veloz ametrallador de pequeñas dimensiones, parecido a una pistola automática de cañón más prolongado y culata más amplia.

El arma vomitó proyectiles, con un siniestro y sordo tableteo, sobre los tres hombres, haciendo blanco en *Sir Brian* y *Sir Ronald*, y trazando un rosario de orificios en un árbol tras el cual,

angustiosamente, se había parapetado *Lord Melville*. Este lanzó un ronco grito de terror, y al moverse intentando parapetarse mejor, el arma automática ladró de nuevo, y el flaco cuerpo del funcionario del Gobierno se convulsionó. La sangre comenzó a correr copiosamente por su brazo.

El motorista primero se dispuso a pasar con su poderosa máquina sobre los políticos caídos, para arrollarles mortalmente. El tirador esperó, con el motor roncando incesantemente, a la espera de la acción de su compañero, dispuesto a descargar la ráfaga de gracia sobre los caídos y ensangrentados *Sir Brian* y *Sir Ronald*.

Ambos resultaban difíciles de identificar a causa de su uniforme de cuero totalmente cerrado, casco y gafas, así como los guantes y botas. Virtualmente, era imposible ver sus rostros e incluso conocer el sexo de cada uno por su figura. El camuflaje era perfecto, aunque espectacular.

Inesperadamente, crepitaron varias armas de fuego en torno a los mortíferos motoristas, y los neumáticos de la motocicleta que amenazaba con aplastar a los dos hombres reventaron ruidosamente. La moto describió una pirueta casi circense, giró sobre sí misma, se encabritó, con sordo ronquido de motor, como un potro de acero, y fue a estrellarse violentamente contra un árbol cercano, lanzando muy lejos al conductor del casco rojo, que se quedó inmóvil, tras golpear brutalmente contra una verja.

El segundo motorista soltó una imprecación, volviéndose en redondo, y dirigiendo su arma hacia los que disparaban, allá entre los setos.

Estos eran cuatro hombres vestidos con gabardinas azul oscuro o impermeables de tono discreto. Todos ellos empuñaban pistolas automáticas. El tableteo de la ametralladora ligera, mientras el motorista ileso intentaba huir con su máquina, se mezcló con las secas detonaciones de las pistolas de sus contrincantes, invadiendo la calma habitual del parque londinense con un auténtico fragor de muerte y violencia.

Uno de los hombres lanzó un grito ronco y se desplomó, dando volteretas por el césped. La motocicleta del motorista de casco negro trató de alejarse a toda velocidad. Un arma disparó. E hizo un blanco perfecto.

Alcanzó en la espalda al agresor que huía. Este brincó en el

sillín, agitando los brazos y soltando el arma. Luego con su máquina como soldada al cuerpo, fue a precipitarse sobre otra verja, la saltó con una voltereta escalofriante, y su casco sonó con un crujido demoledor sobre el tronco de un árbol. La moto rodó aún, hasta desplomarse, sin jinete, en tanto este, como su compañero, permanecía inmóvil por completo, con el rostro hundido en la hierba.

—¡Pronto, avise a una ambulancia! —clamó uno de los hombres armados a otro del grupo—. ¡Que no pierdan tiempo! Veamos cómo están *Sir Brian* y *Sir Ronald*... Usted, vaya a ver a *Lord Melville*. También está herido.

Los tres hombres se dispersaron rápidamente. Uno corrió a un teléfono cercano, en tanto dos *policemen* acudían ya, haciendo sonar sus silbatos estridentemente, y los habituales de Hyde Park en domingo se apiñaban allá en la distancia, mirando asustados hacia el escenario del tiroteo.

Los *policemen* llegaron al lugar de los hechos cuando ya uno de los hombres de paisano se inclinaba sobre *Sir Brian* y *Sir Ronald*, y el otro atendía a *Lord Melville*.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —demandó con aspereza el policía, mirando receloso al hombre y a su compañero, así como al otro tendido en el césped y a los dos motoristas.

—Servicios de Seguridad del Gobierno, agente —se apresuró a decir el hombre, mostrando su credencial al policía—. Mis compañeros también lo son. Mataron a uno de nosotros. Ellos no sé cómo están. Se estrellaron en la arboleda. Y uno fue herido por mí. En cuanto a *Lord Melville*, creo que también necesita asistencia médica urgente.

—Dios mío —resopló el *policeman*, repentinamente sudoroso. Miró a los caídos—. Y... ¿y ellos?

—Dos altos funcionarios del Gobierno, agente —resopló el hombre—. Somos miembros de sus respectivas escoltas de seguridad. *Sir Brian Pendleton*, del Intelligence Service, y *Sir Ronald Palmer*, del Foreign Office.

—¡Cielos! ¿Están...!

—¿Muertos? No. Al menos, no todavía. Pero están malheridos. Al parecer, las heridas más graves son las de *Sir Ronald*... Dios quiera que la ambulancia llegue pronto. Usted podría ir a ver a los

motoristas. Y tenga cuidado. Son dos asesinos, dos enemigos de Inglaterra, sean ellos quienes sean.

—Lo tendré en cuenta, señor, aunque no lleve armas —aseguró el *policeman*, volviéndose y haciendo un gesto a su compañero, para que le acompañara.

Momentos más tarde, la ambulancia entraba, ululante, en el parque, hasta detenerse junto a las víctimas del afeitado. Otros cuatro *bobbies*⁽¹⁾ se habían unido ya a los primeros, cuidándose de todo.

El hombre de la escolta, mientras atendían a los heridos, subiéndolos cuidadosamente a la ambulancia, y tras comprobar que *Lord Melville* únicamente sufría un balazo en el hombro derecho, corrió a reunirse con los policías, que formaban corro alrededor de los motoristas.

Habían tenido la precaución, en ambos casos, de no quitarles los cascos, pero sí las gafas de sus rostros.

El hombre de seguridad reveló su asombro al ver el rostro de aquel a quien alcanzara de un balazo en la espalda.

—¡Una mujer! —exclamó—. Es una mujer...

—Y joven y bonita, señor —afirmó el policía—. Está muerta.

—¿Por el disparo?

—No, no. Se estrelló mortalmente contra el árbol. Creo que, si le quitan el casco, saldrá con él todo su cráneo, señor.

—Qué horrible —se estremeció el de la escolta—. Una mujer joven y atractiva... muerta de ese modo, por mezclarse en violencias homicidas... El mundo carece de sentido hoy en día, agente...

—Pienso lo mismo, señor.

—¿Y el otro? —señaló al motorista de casco rojo.

—Solo está inconsciente. Vive, aunque ha debido sufrir un golpe tremendo.

—Bien, llévenlo enseguida a la ambulancia. Aunque es un enemigo, debe ser atendido como los demás. Incluso es posible que pueda ser de alguna utilidad a las autoridades. Este atentado es monstruoso y absurdo... Me pregunto quién planearía algo así.

La ambulancia partió poco después, llevándose a cuatro hombres con vida en su interior: los tres políticos y el motorista inconsciente. Otra ambulancia más tarde, cargó con aquellos que ya no exigían urgencia clínica alguna: la muchacha motorista muerta y el hombre

de la escolta oficial de los dos funcionarios del Gobierno abatido precisamente por un disparo de la muchacha ahora sin vida.

Poco a poco, en Hyde Park volvió a reinar la calma y el sosiego, aunque en su sendero y en su césped quedaron huellas sangrientas de lo sucedido. Pero el sol seguía luciendo en el cielo azul de aquel domingo, y los londinenses pronto olvidaron que habían sido testigos de un insólito y dramático atentado político contra tres hombres que ocupaban puestos clave en el Gobierno de Su Majestad.

* * *

El superintendente McCaine, de Scotland Yard, era un escocés fornido, pelirrojo y de obstinadas ideas, cuyos pequeños ojos azules revelaban en ocasiones una jovialidad radiante, y otras veces la dureza del granito.

Ahora no tenía el menor motivo para sentirse jovial, por lo que sus pupilas parecían dos diamantes helados, fijos en su interlocutor.

—No me gusta este asunto, señor —dijo con acritud.

—A mí tampoco, superintendente —confesó Howard Mann, del Intelligence Service, frotándose el mentón—. Pero el Gobierno considera preferible que ese hombre permanezca en observación en un centro médico del Estado, vigilado por nosotros mismos y no por la policía.

—Un atentado en el centro de Londres, aunque sea de cariz político, pertenece por completo a la jurisdicción de Scotland Yard, señor Mann —replicó McCaine secamente.

—Lo sé, lo sé. Pero alguien ha influido en las altas esferas para que este sea un estricto asunto de Estado.

—¿Y qué le cuento yo a la Prensa cuando pida detalles de las investigaciones? No podemos decir nada sobre su cariz político, ¿no?

—No, en absoluto. Entre otras cosas, porque ignoramos el origen del ataque homicida que pudo terminar con la vida de los tres agredidos. Puede ser un simple acto terrorista, o puede ser algo más complicado. Estamos tratando de concretar eso todavía. Lo cierto es que la muchacha muerta ha sido identificada por nosotros como una peligrosa activista que ha intervenido ya en acciones violentas en otros países, tales como atentados, sabotajes y cosas así.

—¿Comunista?

—No, no —rechazó vivamente Howard Mann—. No es tan sencillo ni mucho menos.

—Podría ser irlandesa y...

—No era irlandesa —cortó Mann, con un resoplido—. Se llamaba Vanessa Taylor, y era tan inglesa como yo mismo, aunque de origen canadiense. Políticamente sin definir, puesto que no hay pruebas de que estuviese afiliada a Partido alguno. Tampoco sabemos que tuviese la menor relación con rusos, chinos o cualquier otro. Solo conocemos de ella un dato: que le gustaba la violencia y disfrutaba con ella.

—Y murió en ella.

—Acostumbra a suceder, superintendente —suspiró el funcionario del Intelligence Service—. Pero lo cierto es que, a estas horas, varias víctimas tuyas pagan las consecuencias del fanatismo de esa chica por la acción violenta. *Sir* Brian Pendleton, mi jefe, está todavía en el quirófano, aunque el médico se muestra optimista. En cuanto a *Sir* Ronald Palmer, del Foreign Office, fue operado de urgencia y trasladado a la UCI. Pero no creen que sobreviva. Tiene alojada una bala en la espina dorsal, y otra justamente junto al corazón. No pueden extraérselas. Otra le causó daños en el cerebro. Me temo que, virtualmente, esté ya muerto.

—Cielos, qué tragedia... —el superintendente meneó la cabeza, sombrío—. ¿Y *lord* Melville?

—Tuvo más fortuna. Solo tiene la herida del hombro. Ya le extrajeron la bala, y está hospitalizado, pero fuera de todo peligro. El viejo zorro tiene dura la piel.

—Todo eso se aireará mucho en los periódicos. Exigirán acción, explicaciones...

—Mi querido superintendente, tiene usted que tender una cortina de humo. Dígales que se investiga a fondo, pero que no hay todavía nada oficial, porque dada la personalidad de las víctimas, el Gobierno pide la máxima discreción.

—Eso no les convencerá por mucho tiempo, señor.

—Ya lo sé. Mientras tanto, esperaremos.

—¿Esperar... qué?

—Lo que sea. Una pista, una declaración de ese hombre, el motorista...

—¿No saben nada de él aún?

—Nada. Las computadoras no han dado respuesta a la identificación. Es decir, no sabemos quién es, cómo se llama ni de dónde procede. Sigue inconsciente, y los médicos le asisten para ver si se recupera en breve.

—¿Corre peligro?

—No están seguros. Dicen que sufre un *shock* traumático enorme, y que su actividad cerebral es muy leve. Pero confían en salvarle y en que vuelva en sí de esa especie de coma en que se halla.

—¿No es inglés?

—No lo sabemos. No lleva nada que le identifique. Sus huellas no figuran en ningún archivo del Gobierno ni de la policía. Las hemos enviado a Interpol, y estamos esperando algo concreto.

—¿Cómo es físicamente? —se interesó McCaine.

—Lo podrá ver enseguida, superintendente. Usted tiene que colaborar con nosotros en esto. Le puedo adelantar que es joven, unos treinta años como máximo, de contextura atlética, sin grasas, esbelto y fuerte, de facciones correctas, bien parecido, ojos grises y cabello castaño. Podría ser inglés, pero también francés, alemán, español o belga, por no citar otros países. También puede ser norteamericano, húngaro... ¡Yo qué sé! Es raza blanca, europeo o norteamericano, de eso sí estoy seguro. Pero es tan ambiguo todo eso.

—¿Qué esperan conseguir de él? ¿Una confesión que les conduzca a los que planearon ese atentado?

—Por supuesto. Hemos pedido colaboración extraoficial al FBI y al Deuxième Bureau, por si pueden ayudarnos a identificarle. Ya salieron para Washington y París las telefotos y las huellas dactilares. Esperemos resultados, aunque no sé por qué, me muestro pesimista.

—¿Quiere decir que no espera resultados satisfactorios?

—En efecto.

—Pero habrá alguna forma de identificar a ese hombre, sea quien sea...

—Sí, en buena lógica debería ser así, pero...

—Él terminará por decir quién es, en cuanto se recupere.

—Suponiendo que se recupere... y que quiera decirlo.

—Me gustaría ver a ese individuo, la verdad —confesó el policía.

—Entonces, venga conmigo. Le llevaré en mi coche al centro donde lo tenemos aislado, superintendente. Cuanto más tiempo permanezca lejos de curiosos, de riesgos y de todo eso, tanto mejor. Piense que, si es alguien que conoce algo secreto de verdadera importancia, podrían intentar eliminarle sus propios compañeros.

—Sí, en eso tiene razón —admitió el superintendente, siguiendo a Howard Mann, del Intelligence Service, al coche oficial de este.

Cuando partieron hacia el centro médico donde secretamente mantenían al prisionero, otro vehículo de escolta con tres agentes de Seguridad, les siguió silenciosamente por la carretera de las afueras de Londres.

CAPÍTULO III

Los ojos grises, inescrutables y fríos, se clavaron en con fijeza.

—Es toda una sorpresa —comentó Howard Mann, pestañeando—. Ya volvió en sí...

De los tres médicos que rodeaban el lecho donde reposaba el paciente, uno de ellos afirmó con lentitud.

—Sí, señor —dijo—. Pero es como si siguiera en coma. No quiere hablar.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Dos horas. Solo hace lo que usted ve: mirar fijamente. No despega los labios. Le hemos ofrecido alimentos líquidos. Se ha limitado a negar con la cabeza. Le hemos mostrado revistas ilustradas, un libro, cigarrillos... A todo hace igual. Negar con un movimiento de cabeza. Y permanecer callado.

—De modo que ha elegido una coraza de silencio para autodefenderse, ¿eh? —Mann le contempló con frialdad, casi agresivo ahora—. Escuche, amigo. Sea usted quien sea, está metido en un buen lío. Ha participado en el asesinato de varios hombres, y puede ser condenado a prisión de por vida. Eso, gracias a que no existe ahora la pena de muerte en nuestro país. Hable o calle, su suerte será la misma al final. A menos que se avenga a colaborar con nosotros, por supuesto.

El paciente se limitó a mirarle con frialdad absoluta. Ni un gesto, ni una reacción. El rostro no reveló absolutamente nada.

—Parece que ha elegido ya una estrategia determinada, señor —señaló el policía—. Si me lo dejase a mí yo lograría que esa maldita rata chillara un poco...

—Nada de violencias, superintendente —le calmó Mann—. Tenemos medios para hacerle hablar, quiera o no, sin necesidad de recurrir a actitudes bruscas. Recuerde que hay cosas como el pentotal sódico o ciertas corrientes sobre su mente para obligarle a abrir la boca.

—Eso, en cierto modo, es tortura, señor —dijo McCaine, arrugando el ceño.

—No llega a tanto —sonrió con malicia el funcionario del Servicio de Inteligencia—. Son métodos de persuasión que

utilizamos los países civilizados, superintendente.

El paciente no reaccionó tampoco a esa amenazadora insinuación. Continuó inerte, rígido, con sus ojos clavados en ellos, sin mover un músculo.

—¿Cuál es el dictamen médico? —quiso saber McCaine, mirando a los doctores.

—No estamos muy seguros. El golpe puede haberle afectado en cierto modo. El último encefalograma no era muy alentador.

—¿Poca actividad cerebral? —indagó Mann, preocupado.

—Muy poca, señor. E irregular —afirmó el médico—. Yo diría que algo le ocurre, pero aún no puedo definirlo...

—¿Cree que terminará hablando, que depondrá esa actitud voluntariamente?

—Lo ignoro, señor. Pero si es así y recurre al «suero de la verdad», tendrá que ser extremando las precauciones para evitar un posible fallo cerebral irreversible. Y, desde luego, no admitiré tratamiento de *shock* ni nada parecido. Podría terminar con él

—Está bien, doctor —resopló el funcionario de Inteligencia—. Atiéndale lo mejor posible. Yo volveré esta noche, por si hay novedad. Si no la hubiese, mañana recurriremos al pentotal, aunque sea en dosis mínimas.

—Me gustaría estar presente en ese caso —terció el policía.

—Estará. Pero recuerde; oficialmente, no puede informar de nada a nadie. Este es, por el momento, un asunto de Estado.

—No lo olvidaré, señor —prometió el superintendente con un suspiro.

Aquella noche, Howard Mann, regresó al centro médico estatal. Los médicos le dieron malas noticias apenas llegó:

—Todo sigue igual —fue el informe—. Sigue sin hablar. Le hemos mostrado una fotografía de la chica muerta, la tal Vanessa Taylor que actuó con él en el atentado de Hyde Park.

—¿Y bien...? —indagó con vivo interés Mann.

—Nada. Ni se conmovió. Ni reveló emoción alguna al saber que era la foto de un cadáver. Como si no la conociera de nada.

—Ha de ser un hombre de hielo para dominarse así.

—Lo es, no hay duda. Hemos puesto una grabación en varios idiomas. No reaccionó al oír ninguno de ellos.

—¿Ha comido algo?

—Sí. Caldo y un poco de pollo, con un vaso de jerez, luego una taza de leche.

—¿Lo pidió de alguna forma?

—No. Se limitó a asentir con la cabeza cuando se lo ofrecimos. Lo tomó con apetito, sin decir palabra. Le dimos unos periódicos y revistas después, para que leyera.

—¿Y...?

—Los rechazó vivamente. Los tiró de la cama de un manotazo. No podemos saber si lee inglés o no.

—Bien, señores. Mañana volveré a primera hora. Si todo sigue igual, recurriremos al pentotal en dosis reducida. A menos que signifique un riesgo demasiado grave...

—Yo se lo administraré —dijo el médico, pensativo—. La dosis será pequeña, sí. No me atrevo a correr ese riesgo, aunque físicamente parece muy fuerte. Es su cerebro él que me preocupa. Hay algo en él que...

—¿Qué, doctor? —preguntó con avidez Howard Mann.

—No... no sé —sacudió la cabeza—. Voy a llamar esta misma noche a la doctora Turner.

—¿La doctora Turner? —Mann frunció el ceño, rece loso—. ¿Quién es?

—Sheila Turner, doctora en psiquiatría. Me gustará consultarle el caso y que examinara al paciente. También sería bueno que estuviese presente mañana, cuando tratemos a este hombre con pentotal sódico. Puede sernos de mucha ayuda. Es una de las mejores especialistas en psiquiatría que he conocido. Y es de toda confianza porque es hija de *sir* Harry Turner, del Almirantazgo adscrito a los Servicios de Inteligencia de la Armada de Su Majestad.

—Oh, ya sé. La joven hija del viejo *sir* Harry... —Howard Mann chascó la lengua con un gesto de sorpresa—. No sabía que fuese tan buena en su especialidad...

—Pronto podrá comprobarlo. Si ella no ahonda en este hombre de un modo u otro, hasta alcanzar su identidad plena, su más honda raíz humana y personal, nadie lo hará, se lo aseguro, señor.

—Está bien. Llámela. Y mañana, a las nueve en punto, nos reuniremos todos aquí. Si hubiese alguna novedad importante durante la noche, hágamelo saber por la línea directa de mi teléfono

privado, doctor.

—Vaya tranquilo, señor. No dejaría de hacerlo a la menor señal que se presentase.

Howard Mann se marchó tranquilo del centro médico donde eran secretamente atendidos los asuntos de Inteligencia, bajo la etiqueta de *top secret*, y esa noche el teléfono no funcionó en absoluto.

A las nueve en punto de la mañana, estaba ya en presencia del paciente, con los médicos reunidos en la misma sala. Una joven alta, rubia y de ojos muy claros, con aire de nórdica europea más que de inglesa, le saludó con una sonrisa amable. McCaine, buen catalogador de mujeres se dijo ante aquella muchacha joven vital, saludable y de espléndidas y desarrolladas formas que su blanca bata no hacía sino realzar en toda su magnitud y firmeza, que había visto a pocas mujeres tan dotadas de carga sensual. Y, ciertamente, era la primera doctora que veía con aquellas curvas y aquella boca carnosa, exultante de sensualidad.

—Es un placer conocerla, doctora Turner —dijo cortés. Y no mentía lo más mínimo

—Igual digo, doctora —añadió Mann, distraído, menos interesado habitualmente en ponderar los encantos femeninos, dada su proverbial misoginia—. ¿Qué conclusiones ha sacado del examen de este paciente?

—Ninguna realmente optimista, señor Mann —confesó ella con franqueza, fijando sus inquietantes y lúcidos ojos azules en el hombre del Servicio de Inteligencia.

—¿Cómo? —se alarmó este.

—Estoy de acuerdo con el doctor Shatner que ha atendido hasta ahora a su prisionero, señor Mann —expuso ella con sencillez, hundiendo las manos en los bolsillos de su bata—. Algo hay en la mente de este hombre que le obliga a comportarse así.

—¿No está haciéndolo intencionadamente, encerrándose en un mutismo que le impida confesar cosa alguna? —mudó Mann.

—Podría ser, pero lo dudo mucho. Es como si quisiera encerrarse en sí mismo, aislarse de lo que le rodea, una razón que no se me alcanza todavía, pero que casi capté anoche por un momento, para después escabullirse de entre mis manos. He estudiado sus encefalogramas. No revelan anomalías graves, pero sí

una línea monocorde de pensamientos, como si tuviera una sola idea fija grabada en su cerebro, y la repitiera de modo constante.

—Tal vez fue sometido a un «lavado de cerebro» antes de participar en el atentado —sugirió el superintendente McCaine.

—Esa no es una idea descabellada —admitió la doctora, volviéndose al policía escocés—. Pero no tengo demasiada fe en los «lavados de cerebro», tal y como se presentan habitualmente por la propaganda, contra unos y otros. Soy médico, no político, y me atengo estrictamente a la pura realidad psíquica.

—¿Vamos a utilizar el pentotal, doctora? —sugirió Howard Mann.

—No —negó, rotunda, la joven de rubios cabellos.

—¿Cómo? —se sobresaltó Mann—. ¡Es necesario saber quién es ese hombre y quiénes le enviaron, junto con la chica, a cometer un atentado semejante en pleno Londres! ¡Puede depender de ello la seguridad del propio Estado... y hasta de la Corona, doctora Turner!

—Posiblemente, señor Mann. Pero no consentiré que mi paciente sea tratado con el «suero de la verdad». Es una droga que podría traerle consecuencias negativas muy serias, y la misión de un médico, por encima del todo, es la de salvar la vida y la integridad física y mental de su paciente.

—¡Su obligación en estos momentos, doctora Turner es cooperar en la defensa de su país y de sus instituciones! —clamó con disgusto el hombre del Servicio de Inteligencia.

—Señor Mann, ni usted ni nadie tienen que darme a mí lecciones de patriotismo —le atajó fríamente la joven psiquiatra—. Mi padre es alto funcionario del Almirantazgo y trabaja para los Servicios de Inteligencia de la Real Armada, tarea en la que lleva más de cuarenta años de fidelidad total y entrega absoluta. Yo he prestado mi colaboración repetidas veces a muchos asuntos de Estado estrictamente confidenciales y de los que, por tanto, no puedo hablar ni siquiera a usted. Y ahora trato de ayudarles en esto, pero utilizando mis propios métodos y no los suyos, señor Mann. He detestado siempre los sistemas de la Gestapo o de la KGB, para ir a caer ahora en ellos.

—Está bien. ¿Qué pretende, entonces, para que ese hombre que yace ahí abra de una maldita vez su boca y diga la verdad?

—Hipnotizarle, señor Mann.

—¿Cómo? —el alto funcionario se quedó petrificado.

—La hipnosis, señor Mann, es un procedimiento infinitamente menos arriesgado y cruel que las drogas, sueros y métodos eléctricos de combatir un cerebro aislado voluntaria o involuntariamente. Y pocas personas resisten a un trance hipnótico para confesar todo lo que a ellos se refiere y ocultan en su subconsciente.

—Pero ¿quién... quién va a ser el hipnotizador, doctora Turner?

—Yo.

Mann pestañeó, perplejo, cambiando una mirada de desorientación con el superintendente McCaine, que se limitó a sonreír, encogiéndose de hombros con aire divertido.

Al fin, Mann refunfuñó, sacudiendo la cabeza:

—Está bien, doctora. Adelante. Haga lo que crea conveniente.

—Gracias, señor Mann —sonrió ella, glacial.

—Pero si su método falla, recurriré al pentotal, le guste o no —la recordó con acritud.

—Si mi método falla, yo dejaré este asunto y podrá usted hacer lo que guste, incluso someter a tortura a su prisionero, señor Mann —fue la sarcástica respuesta de la joven psiquiatra.

En medio del general silencio, comenzó su tarea de hipnosis.

Se sentó en el lecho, ante el paciente, que la miraba con aquellos ojos suyos, grises y profundos, aunque vacíos como un par de estanques sin agua.

Del pecho de la doctora, pendía una cadena de oro con un dije en el que espejeaban unas piedrecitas de irisado reflejo. Lentamente, con ritmo monocorde, ella comenzó a mover el dije, mientras hablaba con voz suave al paciente:

—Veamos, amigo mío —comenzó—. Usted es un muchacho que me cae simpático, pero está metido en problemas... En graves problemas... Me gustaría ayudarle, estoy intentándolo. Yo soy la doctora Turner. Sheila Turner, ¿comprende? Su amiga Sheila, si lo prefiere... —el dije oscilaba constantemente, y los reflejos de luz pasaban y pasaban ante los ojos fijos del prisionero, como un carrusel de luces cambiantes—. No quiero saber cuál es su nombre ni de dónde viene. Solo quiero ser su amiga. No le voy a causar daño ni pretendo molestarle, muchacho. Solo hablar con usted. Hablar así, amistosamente... Debe relajarse... Abandone toda

tensión. Somos amigos. Estamos hablando de cosas triviales, sin importancia. ¿Verdad que somos amigos? ¿No es cierto que se está mejor así, sin esforzarse en nada, dejando que el cuerpo se relaje, que la mente descanse...? No piense en nada... No piense... Solo descanse, déjese relajar... Así... No necesita cerrar los ojos, pero si los párpados le pesan, ciérrelos y repose tranquilo... Eso es... Sí, así... Así...

Un silencio profundo reinaba en la estancia. Ella dejó de mover el dije. Alargó sus manos, suaves y largas. Las pasó ante los ojos abiertos de él. Ni le vieron pestañear. Parecía en trance.

—¿Me oyes ahora, amigo mío? —comenzó ella con voz suave y calmada.

—Sí —contestó él con un murmullo.

Howard Mann casi pegó un salto. El superintendente McCaine se inclinó, atónito, hacia la cama.

—Ha hablado... —susurró Mann.

El doctor Shatner le hizo un vivo gesto de silencio. La doctora, sin desviar sus azules pupilas de las grises del paciente, prosiguió con su voz aterciopelada, dulce y tranquila:

—¿Te encuentras bien?

—No... no del todo.

Todos se miraron entre sí. El inglés del paciente era correcto. Ni el más leve acento extranjero.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó ella.

—Mi amiga —fue la respuesta.

—Algo más. ¿Sabes mi nombre?

—Sh... Sheila.

—¿Sabes lo que soy?

—Doctora. La doctora Sheila Turner... Mi amiga Sheila.

—Eso es. Perfecto. Veo que lo sabes muy bien —dirigió una rápida ojeada al estupefacto Howard Mann y sonrió. Volviendo al paciente, añadió—: De modo que somos amigos tú y yo, ¿verdad?

—Sí, sí. Amigos...

—Pero los amigos tienen que conocerse. Y conocer sus nombres. Tú conoces el mío. Me llamo Sheila. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas tú?

El silencio se podía cortar. Ahora esperaban todos la primera respuesta reveladora del hombre silencioso. La hipnosis le había hecho salir de ese silencio. Lo inmediato era saber quién era, de

dónde procedía, por qué hablaba aquel inglés perfecto, sin el menor acento extraño...

Silencio. De nuevo el hombre del lecho permanecía mudo. Apretó los labios.

La doctora Turner enarcó las cejas. Parecía preocupada por algo. Pero al insistir lo hizo suave, dulcemente:

—Vamos, vamos. Eres mi amigo. ¿Cuál es tu nombre?

—No... no lo sé —dijo inesperadamente el paciente.

—No eres un buen muchacho. Me sorprendes. Todo el mundo sabe su nombre.

—Yo, no.

—Pero sí recordarás de dónde vienes... ¿Eres de Londres?, ¿o vienes de otro sitio?

El mismo gesto perplejo en la cara del paciente. Y la respuesta negativa:

—No sé.

Mann resopló, impaciente, y farfulló entre dientes unas palabras:

—Sabía que no resultaría...

La doctora le fulminó con una mirada. Luego, insistió.

—Escucha, amigo mío. ¿Por qué me engañas? ¿Por mentiras a tu amiga? ¿Por qué dices que no sabes?

Por primera vez, el prisionero se mostró inquieto. Agitóse en el lecho y sus dedos estrujaron el embozo. Los ojos de la psiquiatra no pasaron por alto el detalle.

La voz resultó casi patética ahora, en labios del desconocido:

—¡No miento! No la engaño... Yo... yo... no sé nada. No recuerdo nada... ¿Me comprende, Sheila? Yo no quiero mentir a mi amiga... Digo la verdad... No sé nada de mi mismo... Yo... yo... no tengo memoria.

Y se puso a llorar como un niño.

CAPÍTULO IV

—Amnesia. Amnesia total. Era eso...

Howard Mann no comentó nada. Acababan de terminar la segunda experiencia. Esta vez, la doctora Turner, regañadientes, había accedido a una prueba con el pentotal sódico.

El resultado fue el mismo de la hipnosis. El paciente insistió en la misma historia con visos de absoluta sinceridad.

No recordaba nada. No sabía nada. Ni su propio nombre, ni su origen. Nada de nada.

—Sabía que el muchacho no mentía en el trance hipnótico —declaró ella al acabar el experimento con el «suero de la verdad»—. ¿Comprobado, señor Mano?

—Sí —resopló este— Perdone por mi incredulidad. No volveré a dudar de usted, doctora.

—Eso no devolverá la memoria a ese muchacho.

—Estaba pensando en ello. ¿Cree que es absoluta la amnesia que sufre?

—Casi total. Solo recuerda la palabra, el idioma que habla, evidentemente el inglés. No ha podido pronunciar palabras en otras lenguas, aunque usted lo intentó mientras estaba bajo los efectos del pentotal. No sabe su nombre ni su origen. No sabe que es criminal. Su mente está totalmente en blanco, salvo para poder hablar, leer y escribir, según hemos comprobado en las pruebas. Algo que es innato en la persona, y que se ha mantenido en su memoria sin alteraciones. El resto, sus experiencias, recuerdos y conocimientos, se han borrado como en una pizarra se borran los trazos de tiza.

—Un hombre así no puede ser procesado y condenado —señaló McCaine, ceñudo.

—Por supuesto que no —negó la doctora Turner—. Tendrán que internarle en alguna parte, a la espera de que se recupere... si es que se recupera alguna vez.

—¿La amnesia puede ser definitiva? —se alarmó Mann.

—Podría serlo, sí. En cuyo caso, ya no sería nunca más la persona que fue antes.

—Es decir: podría ser ahora un hombre honrado y no un criminal o un espía.

—Es posible, a menos que su conducta está condicionada por alguna tara mental ajena a sus propios recuerdos.

—Pero si un día vuelve a recuperar la memoria, dejará de ser el que es ahora, para volver a ser el que fue.

—Así es.

—Cielos, qué complicado problema moral y legal —se quejó McCaine, rascándose sus rojos cabellos—. ¿Qué piensa hacer con ese hombre, señor Mann?

—La verdad, no lo sé. Voy a exponer la cuestión al Ministerio, e incluso al primer ministro si es preciso. Que ellos decidan. Para mí sería mucha responsabilidad.

—Señor Mann, el asunto me fascina, médica y humanamente hablando —terció la doctora Turner—. Quisiera ocuparme como psiquiatra del tratamiento de ese hombre, hasta sus últimas consecuencias. Tiene mi colaboración incondicional para cuanto decidan.

—Gracias, doctora. ¿Qué cree que podría hacer con él?

—Moldear su mente de nuevo. Escribir en esa pizarra en blanco unos nuevos signos positivos, no negativos. Tal vez recuperar a un hombre para un camino más digno y menos violento.

—Es decir, como dar a luz a un nuevo ser —apuntó McCaine.

—Algo así —sonrió ella irónica—. Pero no tengo nada de espíritu maternal, superintendente. Aunque admito que es como si ese hombre hubiera muerto, justamente en el momento mismo en que se golpeó contra aquella verja en el parque. Ahora, ha nacido otro ser humano. De nosotros depende que sea radicalmente distinto, o vuelva a caer en los mismos errores de su vida anterior.

Un teléfono sonó en la estancia. Lo tomó un médico, pasándoselo al funcionario de Inteligencia.

—Para usted, señor Mann —dijo.

Howard Mann tomó el receptor. Escuchó, sombrío, dio las gracias y colgó.

—Estamos hablando de un muerto que aún vive, señores —dijo—. Yo tengo que hablarles de otro muerto que no tendrá ya jamás esa oportunidad, por desgracia. Me acaban de informar desde el hospital que *sir* Ronald Palmer, del Foreign Office, ha fallecido víctima de las heridas sufridas en el atentado de Hyde Park...

—¿Cansado?

—Un poco —admitió él con un suspiro—. Pero podemos continuar si lo desea.

—Bien. De todos modos, descansen unos momentos —le ofreció ella suavemente.

—A su gusto doctora Turner.

—Sigo siendo su amiga —sonrió ella.

—Bien, Sheila —también él sonrió débilmente desde el lecho. Luego, meneó la cabeza, la miró fijamente con sus inquietantes ojos grises, y retiró los libros y revistas que tenía sobre las ropas—. Somos amigos, es cierto. Cuando menos, usted se porta conmigo como tal. Pero, a fin de cuentas, es un médico. Una doctora psiquiatra, ¿no?

—Sí, lo soy. ¿Por qué lo dice?

—Porque está tratando de pensar, de reconstruir las cosas que voy aprendiendo. Sé que soy un enfermo. Que mi mente está en blanco. Que he sido una persona distinta a lo que soy en una vida anterior. Pero ¿qué clase de persona, exactamente, doctora?

Sheila Turner mantuvo clavadas en él sus azules pupilas. Su bello rostro no se inmutó al responder a su paciente:

—Eso no me está permitido decírselo.

—¿Por qué, no, doctora? Tengo derecho a conocer mi propia persona, mi identidad.

—Para eso, haría falta que los demás la conociéramos primero. Recuerde que sus ropas no tenían identificación alguna. Ni una etiqueta, ni una inicial. Nada. Tampoco llevaba encima documentos de identidad. Sufrió un accidente y está aquí. Intentamos que se recupere. Eso es todo.

—¿Qué clase de accidente? —quiso saber él con energía.

—De moto —la doctora agudizó su mirada más aún—. ¿Eso le dice algo?

—¿Moto? —se encogió de hombros, totalmente inexpresivo—. Nada en absoluto. ¿Me estrellé contra algo o alguien?

—Sí, algo así. Sufrió una conmoción cerebral con *shock* traumático. Al recuperar el conocimiento, ya sabe lo que pasaba. Usted no sabía nada de sí mismo.

—¿Y antes? ¿Quién va a contarme lo que sucedió antes de esto

en mi vida?

—De momento, nadie. Yo lo estoy intentando, eso es todo.

—¿Por qué no piden colaboración ciudadana? Mi fotografía, mis datos, podrían ayudar a identificarme.

—Supongo que lo están intentando todo —eludió ella una respuesta concreta—. Pero para mí es en su mente donde está la clave de todo. Por eso estamos trabajando en ello.

—No veo el resultado. Sigo sin acordarme de nada.

—Amigo mío, ya le advertí de una tremenda posibilidad: la de que nunca vuelva a recordar su pasado, si su lesión es irreversible.

—¿Eso puede suceder? —se inquietó él.

—No le he asegurado que suceda. Pero sí puede suceder.

—Entonces, ¿para qué luchamos usted y yo? —fue su amarga pregunta.

—Por una razón muy sencilla: para intentar crear en usted una nueva identidad, ya que la primitiva sigue sin existir realmente.

—Cielos... —se frotó el mentón, pensativo—. ¿Qué vas a hacer de mí? ¿Un nuevo monstruo de la ciencia, un producto de laboratorio?

—Veo que va muy deprisa en la lectura de temas modernos de todo tipo —sonrió ella.

—Voy muy deprisa en todo lo que leo y veo —señalo el televisor situado frente a su lecho—. Quiero indagar cuanto pueda de este mundo que me rodea, y del que apenas recuerdo algo. Por cierto, no he visto que mi fotografía saliera en la televisión ni que hablasen de mi caso para intentar ayudarme en algo a recuperar mi personalidad perdida.

—Creo que va siendo hora, por lo que veo, de explicarle algunas cosas, señor Smith —dijo una voz, interrumpiendo el diálogo entre paciente y doctora.

—¿Smith? —se volvió él, perplejo, enarcando las cejas—. ¿Me llamo realmente así?

—No, claro que no —sonrió Howard Mann, acercándose al lecho—. Le hemos puesto un nombre provisional para entendernos; James Smith. Si lo prefiere, puede cambiarlo por otro. O ponerse simplemente Jim Smith.

—Jim Smith... —repitió el enfermo, ceñudo—. Supongo que es igual que cualquier otro. Un nombre no significa nada.

—Apenas nada. Como un número de control —asintió Mann, sentándose al borde de la cama—. Lo que cuenta es su mente, Smith. En ella está el secreto de sí mismo.

—Un secreto que guardan muy celosamente, por lo que veo —desconfió el recién bautizado Jim Smith—. ¿Cómo esperan saber así quién soy, realmente, y dónde está mi familia?

—No podemos dar publicidad a su caso, amigo Smith. ¿Puedo seguir llamándole así?

—Claro, claro —aceptó él encogiéndose de hombros con una sonrisa sarcástica—. Jim Smith. Vale. Me iré acostumbrando a él. La doctora y usted están muy enigmáticos.

—No podemos obrar de otra forma. Usted, muchacho, intentó matar a varios políticos. Y fue cómplice en la muerte de uno de ellos.

—Dios mío... —el rostro del atlético y arrogante joven se tornó pálido—. ¿Eso hice yo? ¿No pretenden cargarme culpas ajenas tal vez?

—No. Nada de eso. No me estoy ensañando en usted. Iba en moto. Otra persona, una chica llamada Vanessa Taylor, le acompañaba. Es la que disparaba un arma automática y causó las heridas a las víctimas. Usted intentaba arrollar a estas cuando lograron reventar sus neumáticos y lanzarle contra una verja de Hyde Park. La chica murió al estrellarse en un árbol.

—No recuerdo nada. No me suena ese nombre de Vanessa Taylor tampoco. Ni creí que supiera montar en motocicleta, hasta que la nombró la doctora Turner. Pero eso no fue, por cierto, un accidente —hizo notar con expresión sombría.

—No, no lo fue —suspiró Sheila Turner—. No podía decirle la verdad, Smith.

—Ya entiendo —miró a ambos, preocupado—. Estoy aquí como un recluso. Soy culpable de un delito grave, ¿no es eso?

—Exacto —afirmó Mann gravemente—. Dicho con exactitud, un delito de atentado a personalidades de Gobierno de Su Majestad, complicidad en un homicidio y una agresión por triplicado, más posible culpa en actividades revolucionarias o antipatrióticas, según sea el caso.

—Pues sí que estoy metido en un buen lío —suspiró él—. Y encima, amnésico.

—Eso es lo único que le libra por ahora de pasar a ser procesado.

—¿No han pensado que podría estar mintiendo, creándome una coartada?

—Sí —terció la doctora Turner—. Pero hemos comprobado que no es así. La hipnosis, el pentotal sódico, el examen psiquiátrico por medio de la computadora accionada en conexión con el detector de mentiras, han coincidido plenamente. No es posible que nadie pueda engañar con esos tres procedimientos a la vez.

—Muy bien —suspiró «Smith»—. Soy un criminal amnésico. ¿Eso de qué me servirá, a fin de cuentas? Supongo que mis responsabilidades son las mismas...

—Mire, Smith, en estos días que lleva bajo las atenciones de la doctora Turner, creo que ha progresado notablemente en la creación, al menos ficticia, de una nueva identidad. En justicia, actualmente no puede ser considerado responsable de nada. Pero tampoco inocente, porque es obvio que usted perteneció a una organización de signo violento, no sé si política o de qué tipo, a la que servía fielmente como ejecutor de determinadas órdenes. A través de usted esperábamos llegar a esa organización e impedir que otros crímenes se cometieran en el futuro. Un hombre bueno y honesto, un funcionario del Foreign Office con más de treinta y cinco años de servicios a su patria y a su Corona, con una esposa y unos hijos, ha muerto por culpa de ese atenido criminal de Hyde Park. Mañana puede ser otro quien caiga. O muchos más. Si esto se trata de una sucia guerra sorda contra determinados estamentos británicos, queremos saberlo lo antes posible y ponerle remedio. Usted era nuestra esperanza. Pero su amnesia lo malogra todo. No podrá confesarnos nada de nada.

—Tal vez tampoco hubiera confesado —sonrió «Smith» irónicamente.

—Tiene mucha razón. Tal vez no —Howard Mann le miró fríamente—. Pero digamos que quisiera depositar en usted una confianza casi demencial. Y pedirle que nos ayudara.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Un enemigo en potencia? —se asombró el llamado Jim Smith.

—Aunque le sorprenda, así es. Por vez primera en mi vida desde que estoy al frente de mi departamento dentro del Servicio de

Inteligencia británico, voy a confiar en un enemigo, si este quiere cooperar.

—¿Yo soy ese enemigo?

—Sí.

—¿Qué quiere pedirme, exactamente?

—Que nos ayude. Que sea agente a nuestro servicio... al menos por un tiempo.

—Espere a ver si lo entendí. ¿Quiere que les ayude a combatir y vencer a esa organización enemiga a la que yo mismo pertenezco?

—Exacto. Absurdo, ¿no le parece?

—No tanto —Jim Smith sonrió astutamente—. Mientras yo sea un amnésico, usted sabe que soy una posibilidad favorable a sus planes.

—Sí. Pero en cuanto recupere la memoria... será un enemigo mortal. Podría ser un arma de dos filos contra nosotros.

—Es el riesgo que piensa correr si yo acepto, ¿no?

—Así es. Si fuese nuestro agente, fingiríamos una evasión, usted sería tal vez localizado por nuestros enemigos... y ellos seguirían creyendo que les es fiel, que es el mismo que fue enviado a cometer el atentado dominical de Hyde Park

—Entiendo su juego. Pero es peligroso. Yo apenas sé nada de ellos... salvo lo que usted me cuente ahora. Pueden darse cuenta de algo anormal... y eliminarme.

—Todo tiene sus riesgos en la vida. A cambio, si triunfa, si no recupera su memoria de su vida anterior, obtendrá una nueva personalidad, un bienestar futuro a cuenta del Gobierno.

—¿Y si después volviera a ser quien fui?

—Obtendría el perdón —cortó bruscamente Mann—. Es cuanto puedo ofrecerle.

Jim Smith miró a su interlocutor. Luego, a la doctora Turner.

Finalmente, de modo brusco e inesperado, decidió:

—Está bien. Acepto.

CAPÍTULO V

La sirena de alarma del centro médico del Estado sonó estridentemente en la noche. Se encendieron luces en las tapias del establecimiento, y reflectores de crudo chorro luminoso barrieron los patios y jardines del recinto.

Unos vigilantes uniformados salieron de un anexo con rapidez, extendiéndose por toda la zona sin dejar de hacer sonar sus silbatos.

En la vecindad del aislado establecimiento destinado a reclusos enfermos o a delincuentes mentalmente insanos, supieron lo que sucedía, porque todos aquellos sonidos, en plena noche, tenían un significado especial.

Se había producido una evasión.

Las voces de los agentes sonaron roncadas y enérgicas en las sombras. Estas se fueron diluyendo cuando los focos de los reflectores y de las ventanas del edificio brillaron en la noche, para facilitar la búsqueda del fugitivo.

—¡Se trata de un paciente acusado de atentado político y posibles actividades contra el Gobierno! —habló en voz alta un oficial de los servicios de seguridad del establecimiento—. ¡Busquen, busquen sin cesar! ¡No puede evadirse! ¡Es un sujeto muy peligroso e importante para el Estado!

Pero lo cierto es que no parecía haber ya rastro del evadido dentro del recinto que delimitaban las altas cercas electrificadas durante la noche. Los grandes portones metálicos se abrieron, vomitando una serie de negros coches cuyos faros barrieron la carretera, los oscuros arbustos, las arboledas cercanas, y las sombras distantes de los vecinos edificios.

La búsqueda se extendía ya al exterior, más allá a los muros del centro médico estatal destinado a pacientes sometidos a la acción de la justicia británica.

No solo algunos curiosos vecinos, situados a relativa distancia del establecimiento estaban pendientes de los detalles de la dramática situación. Había alguien más mucho más cerca del hospital, interesado profundamente en la situación.

El automóvil era negro como la misma noche nublada, y permanecía aparcado discretamente entre los altos matorrales y los

árboles del otro lado del camino, a menos de ciento cincuenta yardas de los portones del hospital. Dos personas aparecían sentadas en su interior. Una, al volante. La otra, acomodada atrás, en las sombras profundas del asiento posterior

—¿Qué sucede, Barry? —preguntó desde atrás una voz profunda y cálida de mujer

—No lo sé, Hazel —respondió el conductor sordamente—. Parece que alguien escapó de ahí...

—Esperemos que haya sido Desmond... —suspiró la voz de la dama oculta en la sombra.

El llamado Barry se rascó sus cabellos rojizos bajo la gorra gris a cuadros con que cubría su cabeza, y contempló curiosamente la carretera, por la que ahora desfilaban en ambas direcciones los coches oficiales. También advirtió que algunos hombres uniformados se dispersaban cruzando la cinta asfaltada

—Vienen hacia acá también —señaló—. No conviene que nos encuentren aquí

—No, harían demasiadas preguntas a las que no sabríamos contestar —admitió ella—. Aléjate sin hacer nada, Barry. No enciendas los faros.

—Sí, Hazel. Pero ¿y si fuese realmente él? No podríamos ayudarle a huir

—Tú apártate de este punto mientras yo pienso algo. No te alejes demasiado. No creo que la batida que den cubra demasiado terreno. Lo encontrarán muy pronto por hábil que sea el fugitivo. De ese establecimiento nunca ha escapado nadie.

—Lo sé —puso en marcha el coche con el menor ruido posible, y se deslizaron sobre el desigual terreno del paraje, alejándose de la zona donde rastreaban ahora los funcionarios de seguridad del hospital. Unos secos ladridos retumbaron en la noche, y la llamada Hazel se agitó inquieta

—Perros —dijo—. Eso empeora las cosas para el pobre diablo que anda huido... No podrá escapar, seguro.

—A menos que sea el propio Desmond ¿no? —rio el chófer, maniobrando entre los matorrales hábilmente.

—Desmond es muy hábil e inteligente —admitió ella—. Pero también le cazaron en Hyde Park, después de todo.

—Porque se estrelló con su motocicleta. De otro modo, nunca le

hubieran cogido. Y menos aún con vida... Él es muy astuto, Hazel. Se las sabe todas.

—Pues si es quien ha salido de ese maldito caserón, esperemos que sea cierto eso, Barry —suspiró la mujer. Señaló ante ella—. Mira, allí hay una casa que parece abandonada. Procura meter el coche dentro. No creo que registren las viviendas circundantes.

—Si no dan con él, las registrarán —aseguró Barry.

—Si vemos que es así, nos iremos de aquí enseguida.

Barry asintió, dirigiendo el coche a una verja cuya puerta aparecía solamente entornada. La abrió del todo, penetraron en un jardín descuidado, cubierto de borrasca, que rodeaba un edificio con todas las trazas de estar desierto. Y efectivamente, los ojos de ambos captaron en la penumbra un tablón colocado sobre la puerta, donde se leía claramente:

SE VENDE O ALQUILA

—Mira, el garaje está abierto —señaló ella un anexo—. Mete ahí el coche y cierra la puerta. Confiemos que esa gente del hospital no se conozca demasiado bien todos los detalles de estos alrededores.

Barry metió el vehículo en el garaje, oscuro y polvoriento, y cerró tras de ellos la puerta, manteniéndose ambos quietos en la oscuridad total que les envolvía. El conductor encendió la débil luz interior y esta se reflejó en unos grandes ojos pardos, profundos y fríos, allá atrás, en el óvalo bronceado de un bello rostro de mujer enmarcado en negros cabellos cortos.

—Y ahora, a esperar que pase el temporal —rio Barry entre dientes.

—¡Calla! —le conminó ella bruscamente—. Escucha eso...

Él agudizó su oído. Lo mismo que ella, pudo captar unos roces y ruidos leves no lejos de ellos, en el exterior del garaje. Y por su proximidad, tenían que proceder del jardín. Más distantes, llegaron hasta ellos ladridos de perros y silbatos policiales.

El ruido se repitió, ahora junto a la pared del garaje. Barry hundió la mano bajo su chaqueta de gastado cheviot gris, y extrajo una potente automática provista de tubo silenciador, manteniéndose rígido. Cambió una mirada con la mujer de atrás. Ella también tenía entre sus dedos en estos momentos una pequeña

automática niquelada, con cachas de nácar.

—Hay alguien ahí afuera —susurró el chófer.

Ella afirmó con la cabeza. Lentamente, la puerta del garaje comenzó a abrirse con un chirrido prolongado. Barry quitó el seguro a su pistola, y apuntó hacia la puerta, por la ventanilla abierta.

—Cuidado —silabeó Hazel—. Antes de disparar, comprueba quién es.

La otra mano de Barry buscó en el *tablier*, extrayendo una linterna que asestó, sin dar aún la luz, sobre el hueco de la puerta, cada vez más amplio.

Cuando la abertura fue suficiente para dar paso a un cuerpo humano, la silueta de este se perfiló claramente en el hueco, dada la profunda oscuridad del interior. Rápido, Barry presionó el botón de la linterna.

Un chorro de luz cayó sobre un rostro varonil, que se mostró sobresaltado, intentando retroceder de un salto y huir por el descuidado jardín. Pero ya Hazel, al ver la faz del intruso, le gritó roncamente, con tono en el que se mezclaban la alegría y la tensión:

—¡Desmond! ¡Desmond, no escapes! ¡Somos nosotros! ¡Ven, entra, estás a salvo!

El otro vaciló. Barry, que había encañonado al intruso, bajó el arma, humedeciéndose los labios. Abrió la portezuela y le requirió:

—¡Muchacho, ven! ¡Somos Hazel y yo, Barry! ¡Vamos, pronto, antes de que lleguen aquí tus perseguidores!

El llamado Desmond ya no dudó. Dio media vuelta, entró en el garaje, y cerró tras de sí. Se quedó mirándoles, jadeante. Iba despeinado, con la expresión cautelosa y amenazadora. Llevaba un cuchillo en su mano. Les estudió, como si fueran extraños para él.

Hazel bajó del coche presurosa. Tenía un espléndido tipo, un cuerpo de curvas pronunciadas, que su vestido rojo oscuro realizaban provocativamente. Le sonrió, exhibiendo los blancos dientes entre sus labios carnosos y muy rojos.

—Desmond, querido... —murmuró—. ¿Es que no nos reconoces?

—Yo, no... Yo... —susurró él con voz insegura, humedeciendo sus labios resecos, todavía con aire desconfiado, encogido contra la puerta del garaje—. Yo... No me encuentro bien... Me... me drogaron... para sacarme las cosas... Me... sometieron a mil cosas

maldivas para que hablara. Mi cabeza. Oh, no...

Exhaló un gemido ronco y se desplomó ante ellos, dejando escapar su cuchillo.

Hazel respiró hondo. Luego apremió a Barry:

—¡Pronto, hay que meterlo dentro y salir de aquí cuanto antes! Esos canallas parece que le trataron muy mal allá dentro, Barry... Parece realmente enfermo.

—Pero si intentamos salir de esta región con él en el coche, nos cogerán, Hazel —se lamentó Barry—. Seguro que tendrán ya controles en las carreteras...

—Pues a pesar de ello hay que salir de aquí con él. Avisa a los demás. Informa a Gregson de lo ocurrido, que él nos ayude de alguna forma. Pero aquí metidos, acabaremos por quedar sitiados por los perros y los policías, sin remedio.

Subieron al inconsciente Desmond al coche, y luego cerraron las portezuelas. Barry abrió de nuevo las puertas y escudriñó el oscuro exterior.

—Parece que los perros ladran más lejos. Y no se ven luces en movimiento por los alrededores —señaló—. Tal vez tengamos suerte... Hay que intentarlo, tienes razón.

Se puso al volante resueltamente y condujo hacia el sombrío jardín, dando marcha atrás. Una vez fuera, enfiló de nuevo la puerta enrejada mohosa, y salió por ella moviéndose a tumbos por el desigual terreno, entre arboledas y frondosos matorrales, en dirección opuesta al centro médico del Gobierno.

Alcanzaron una carretera secundaria y, tras una vacilación, se adentraron por ella, en dirección sur, hacia Londres. Barry comentó, las manos apretadas al volante:

—Tal vez sea mejor adentrarse en la ciudad, Hazel. Allí les será más difícil dar con nosotros...

Sin dejar de conducir, abrió el *tablier*, apareciendo un radioteléfono que conectó. Tras unos segundos, una voz lejana habló;

—Z-1 al habla. ¿Quién llama?

—Z-3 llamando a Z-1 —respondió Barry.

—Informe, Z-3. ¿Qué ocurre?

—Estamos regresando a Londres. Llevamos con nosotros a Lee.

—¡Cielos! ¿Cómo es posible? —tronó la voz lejana.

—Se evadió. Le están buscando por todas partes, con perros y coches. Intentamos llegar por la carretera secundaria del noroeste.

—Sé cuál es. Si encontráis un control, estáis perdidos.

—Tal vez aquí no han tenido tiempo de situarlo. Hay que intentarlo, Gregson.

—De acuerdo, de acuerdo. Dispondré una furgoneta comercial con escondite secreto, para recoger a Lee antes de que entréis en el área urbana de Londres. Escucha atentamente dónde nos encontraremos...

Le dio los datos exactos del lugar del encuentro, al norte de la capital. Barry asintió, y la comunicación fue cortada. El coche aceleró por la estrecha carretera, en un intento por adelantarse a cualquier maniobra de la policía para bloquear también aquella zona.

Y, ciertamente, la suerte parecía sonreírles. Porque el coche llegó frente a las luces que allá en la distancia señalaban el emplazamiento de Londres, sin que control policial alguno se hubiera establecido ante ellos.

—¡Uf, esto sí que es tener buena fortuna, Hazel! —resopló Barry, aliviado, reduciendo la velocidad para evitar cualquier intempestiva intromisión de un agente de tráfico—. Estamos llegando sin problemas... Pronto nos encontraremos con la furgoneta de Gregson, si todo continúa como hasta ahora.

—Sí, Barry, ha sido una gran suerte —admitió Hazel, mientras pasaba lenta y acariciadora su mano por la cabeza del inmóvil viajero que yacía en el asiento posterior del vehículo—. En realidad, ha habido suerte en todo...

Ellos no podían saber que no solo un azar favorable había intervenido en favor suyo y del hombre evadido del centro médico del Estado.

Porque allí mismo, dentro de una furgoneta especial del Intelligence Service, un hombre seguía con expresión atenta, a través de un emisor del *tablier* de su coche, el «bip-bip-bip-bip» que brotaba del aparato. Y que unos expertos del Departamento, acomodados en la parte posterior del vehículo, asistían, sobre un mapa luminoso de la región, situado sobre un tablero de vidrio extendido ante ellos, al movimiento paulatino de una lucecita roja, en movimiento hacia el área urbana de Londres por una ruta

determinada.

El tablero electrónico se estaba limitando a señalar el paradero y movimientos actuales del hombre «evadido» del hospital. El hombre a quien ellos llamaban «James Smith», que evidentemente había encontrado a su gente y viajaba con ellas hacia alguna parte. Con él, iba un diminuto emisor de determinadas ondas capaces de ser seguidas por aquel sofisticado sistema de comunicación electrónica. Algo que no deberían de saber nunca los que ahora acompañaban al falso evadido del hospital estatal, porque ello significaba la diferencia entre su vida y su muerte

—Bien, señores —suspiró con alivio Howard Mann, echándose atrás en su asiento—. Parece que, por el momento, funciona todo bien. Esperemos que la suerte siga acompañándonos. Y, sobre todo, acompañando a ese hombre que, siendo potencialmente nuestro enemigo, es por paradoja nuestro mejor agente infiltrado en la organización...

La luz roja se detuvo en un punto determinado. Tardó un tiempo en seguir emitiendo señales de un movimiento concreto. Un agente comentó, pensativo:

—Han debido cambiarle de vehículo. Ya lo tienen dentro de Londres, señor.

Howard Mann asintió.

—Ahora esperemos que nos conduzca directamente al refugio de esos criminales —habló—. Y, sobre todo, hasta los peces gordos de esa organización de asesinos...

La luz roja, se movía ya nítidamente, adentrándose en el área urbana londinense. Mann tomó un radioteléfono, y llamó directamente al Intelligence Service para informar de la marcha del plan.

CAPÍTULO VI

—Enfermo... ¿Es que está enfermo?

—Sí, Gregson —asintió Hazel—. Le drogaron durante su encierro. Querían sonsacarle a toda costa. Parece como ausente, como si apenas nos reconociera.

—Esa maldita gentuza del Servicio Secreto inglés... —rezongó Gregson malhumorado—. Pueden haber trastornado su cerebro con esas torturas...

—Quizás. No estaba muy normal cuando nos vio —admitió Barry, sacudiendo la cabeza con pesimismo—. Ya sabe cómo era él siempre, Gregson. Jovial, divertido... Cuando se encontró con nosotros, era un tipo muy diferente al que todos conocemos...

—Está bien. Le atenderemos con rapidez —gruñó Gregson secamente—. Ya he avisado al doctor Foreman para que venga a verle lo antes posible.

—¿Algún problema con la policía en el trayecto hasta aquí? —indagó Hazel, encendiendo un cigarrillo con parsimonia.

—No, nada —negó Gregson—. Nadie sospechó de la furgoneta. Llegamos sin novedad alguna. De todos modos, aunque nos hubieran sorprendido, sabes que tenemos recursos para ocultar a una persona de esos polizontes del diablo.

—Sí, lo sé, lo sé —suspiró Hazel, fumando con lentitud, la mirada fija en el hombre tendido en el sofá de la estancia—. ¿No se recupera?

—Sigue inconsciente. Es obvio que está drogado. Juraría que lleva encima una fuerte dosis de narcóticos. No sé cómo diablos pudo hacerlo...

—¿Hacer qué?

—Evadirse de aquel recinto del diablo, de donde nadie logró escapar jamás. Debió salir de allí medio dormido.

—Así lo parecía cuando nos vio. Pero empuñaba un cuchillo y parecía dispuesto a atravesar a quien se cruzara en su camino —rezongó Barry.

—Desmond Lee es siempre Desmond Lee —rio entre dientes Gregson, contemplando con admiración al inconsciente joven—. Siempre ha sido el mejor para todo.

—Menos para dejarse coger como un imbécil en Hyde Park — masculló una voz fría y acerada, desde la puerta de la estancia.

Todos giraron la cabeza hacia allá. Gregson arrugó el ceño. Barry refunfuñó algo entre dientes, y Hazel puso un rictus de hostilidad en sus labios carnosos.

—Vaya —comentó esta última—. Tenías que ser tú quien hablara así, Dobbs...

—Porque siempre habéis parecido todos realmente embobados por cuanto hacía Desmond en cualquier trabajo —el recién llegado avanzó lentamente, sin desviar sus fríos ojos azules, duros y taladrantes, del hombre tendido en el sofá—. Es vuestra *superstar*, a juzgar por los elogios que siempre vertéis de él. Pero la verdad es que no es tan infalible como se dice. Falló en el atentado de Hyde Park. Tenía que disparar su arma y no disparó. Tenía que proteger a Vanessa y no lo hizo. Luego, se dejó cazar estúpidamente, y tal vez haya soltado todo cuando sabe de nosotros...

—Eso no es cierto —rechazó ásperamente Gregson—. Le han drogado y han manipulado su comportamiento. Incluso sospecho que han intentado con él un «lavado de cerebro» en toda regla para sonsacarle. Y no lo lograron.

—¿Cómo lo sabes? —dudó el llamado Dobbs, con una sonrisa desdeñosa en sus delgados y prietos labios.

—Porque nadie ha impedido que viniéramos aquí con él. Y porque pudo escapar del hospital del Estado más seguro de toda Inglaterra hasta ahora. Es el único que lo consiguió.

—Y ya es un dios para vosotros, ¿no?

—Eres un envidioso maldito, Dobbs —le reprochó con acritud Hazel—. Me das náuseas. Porque lo cierto es que no le llegas a la suela de los zapatos a Desmond.

—Ya habló la sucia ninfómana que se muere por unos pantalones —fue la incisiva réplica de Dobbs—. ¿Es que solo ese tipo te hace feliz?

—Me hace feliz un hombre. Y él lo es —silabeó Hazel despectiva—. Mientras que tú eres solamente una babosa, una rata de alcantarilla, Dobbs.

—¡Te voy a romper la cara, harpía caliente! —rugió el hombre, dirigiéndose hacia ella con larga zancada, el rostro contraído por el odio.

—Atrévete, bastardo —le retó Hazel, empuñando una botella de cerveza que había sobre la mesa, sin vaciar totalmente por Barry, y que rompió violentamente en el borde del mueble, haciendo saltar la espuma y las astillas de vidrio color verde oscuro, para quedarse en la mano con un gollete rematado por varios afilados cuchillos de vidrio.

—¡Ya basta! —rugió Gregson, airado, interponiéndose entre ambos, con sus grandes manazas en alto, y expresión amenazadora en su ancho rostro cubierto de rugosidades y huellas de una afección variólica—. No tolero más enfrentamientos entre vosotros. En ausencia del «Doctor X», yo soy el jefe de este grupo, os guste o no. Y mis decisiones son órdenes. ¡Se acabó la escenita, Dobbs! Ni tolero que molestes a Desmond con tus palabras ni insultes a Hazel. Y tú, Hazel, suelta esa botella de una vez y pórtate con sentido común. ¿O queréis que el «Doctor X» disuelva nuestro grupo y elija a otros más inteligentes y sensatos para trabajar a sus órdenes en los trabajos que se nos avecinan y no son precisamente sencillos? ¿Está bien claro? Pues no me lo hagáis repetir, maldita sea.

Dobbs y Hazel siguieron mirándose largamente en silencio. Los dedos de ella soltaron lentamente el fragmento de botella convertido en arma temible, y los músculos y nervios del recién llegado parecieron distenderse lentamente.

Justo entonces habló una nueva voz, fría y serena, en medio de la ya disminuida virulencia de la escena:

—¿Tanto problema he venido a crear al volver junto a vosotros?

Las cabezas se volvieron bruscamente hacia el punto de origen de aquella voz. Contemplaron con expresión intrigada todos los presentes al hombre tendido en el sofá, que se había incorporado, frotándose las sienes y contemplando a todos con aire abstraído y serio.

—Oh, Desmond... —exclamó vivamente Hazel yendo hacia él, ya totalmente relajada de su enfrentamiento de poco antes con Dobbs—. Al fin has recuperado la noción de las cosas...

—No del todo —les miró largamente—. Vuestros rostros me resultan conocidos, sé que estoy de nuevo entre amigos, pero... La verdad, mi mente es todo confusión. Creo que se propasaron con alguna de las drogas que usan esos malditos tipos del Servicio Secreto. Es... es como si no recordara muchas cosas...

—Amnesia... —exclamó sorprendido Gregson, yendo hacia él—. ¿Es eso lo que sientes, Desmond? ¿Una especie de amnesia de vacío mental?

—Sí, algo así —admitió el joven con aire aturdido—. Tú... tú eres...

—Gregson, naturalmente —sonrió el hombretón—. Ian Gregson, tu amigo y jefe, Desmond. Y aquí tienes, por supuesto, a Barry, que te ayudó a llegar hasta aquí, a Hazel Murphy que con Barry te sacó de la zona peligrosa inmediata al hospital del Estado Y, finalmente, a Jason Dobbs que, aunque nunca se sienta verdadero amigo de nadie en el fondo trabaja siempre muy unido a nosotros en todo cuanto emprendemos. Como ves falta aquí ahora Vanessa. Pero supongo que eso sí lo recuerdas.

—Vanessa... —repitió él con un suspiro—. Sí, claro. ¿Cómo olvidar eso?, pobre Vanessa.

—Pudiste haberlo evitado, Desmond —le replicó Dobbs con acritud.

—Nadie pudo evitarlo. Todo fue tan rápido... —el hombre a quien los agentes británicos llamaban «Jim Smith» pero a quien sus compañeros de felonías daban el nombre de Desmond, se puso lentamente en pie. Hazel corrió a ayudarle, y él notó la proximidad de aquel turgente cuerpo femenino, cuyos duros pechos se apretaban contra su propio torso al permitirle apoyarse en ella.

—Se suponía que Desmond Lee era el más rápido de reflejos y de acciones de todos nosotros —comentó sarcásticamente Dobbs.

Desmond Lee.

Él tomó buena nota. Aquel era su nombre. Su nombre real.

Y, sin embargo, no le decía nada. No lograba despertar emoción alguna en él.

Desmond Lee, para su mente, seguía siendo un perfecto desconocido... a pesar de ser él mismo.

Pero ellos no debían imaginar que su amnesia era tan absoluta, sino solamente parcial, aunque ello iba a crearle dificultades. Había aceptado esta misión a sabiendas de ello, y no se reprochaba nada todavía. Iba en busca de su auténtica identidad, de su humana condición, y lo demás no le importaba. Virtualmente, había muerto ya una vez, como Desmond Lee, para nacer un nuevo individuo, llamado James Smith. No le importaría correr el riesgo de morir dos

veces.

—¿Te ocurre algo? —indagó Hazel, siempre sujetándole con fuerza por el brazo y apretándose cálidamente a él.

—No, no... Solo este maldito aturdimiento —se quejó él—. Me atiborran a fármacos hipnóticos y cosas parecidas. Luego me impedían dormir para que terminara agotado y les confesara cosas...

—Cerdos... —silabeó Hazel, con ojos centelleantes.

—¿Y no las confesaste? —dudó con voz sibilina Jason Dobbs.

—Infiernos, claro que no —masculló Desmond-Jim, mirándole con expresión colérica.

—¿Cómo puedes saberlo? —terció Gregson, algo desconfiado ahora—. Pudieron usar contigo el pentotal sódico, Desmond.

—De hecho, lo usaron —Desmond Lee desafió así la desconfianza de sus propios compinches.

—Cielo... ¡Entonces no sabes si confesaste todo de plano!

—Sé que no lo hice. Me habían dado ya tantas drogas para entonces, que no debió surtir efecto por alguna razón.

—Un momento —cortó Dobbs, punzante—. ¿Cómo puedes saber que no cantaste todo lo que sabías? El pentotal deja inconsciente la voluntad.

—Lo oí más tarde, entre sueños. Hablaban algo apartados de mí, lamentándose de ignorar incluso mi nombre y mis datos personales más precisos. Se quejaban del fracaso del pentotal, y uno de sus malditos médicos mencionaba que no era prudente aplicarme más dosis, porque me encontraba bastante mal a causa de las drogas.

—Está bien, dejemos ahora todo esto —cortó Gregson con energía—. Desmond está demasiado débil y aturdido para andar dándonos respuestas a nosotros. Nadie nos ha arrestado, ni ha rodeado este refugio, ¿no es cierto? Prueba evidente de que Desmond se portó como quien siempre ha sido. Ahora, en cuanto le vea el doctor, veremos si se le puede dar algún alimento y si debe descansar por un tiempo para tratar de recuperarse.

—¿Descansar? —Dobbs arrugó el ceño—. Sabes que eso no va a ser fácil. El jefe quiere reunirnos mañana, para exponernos los planes inmediatos. Y por lo que he oído, vamos a tener sobrado trabajo para todos.

—Tonterías —cortó Gregson con su habitual autoridad—. Si Desmond no puede intervenir en la tarea, no intervendrá. Hace

poco, estaba prisionero de nuestros adversarios. Con imaginar que sigue fuera de circulación, asunto resuelto. El jefe habrá planeado las cosas de modo que él no tenga que actuar obligatoriamente, entre otras cosas porque no sabe que está libre.

—¿No le habéis informado aún? —se extrañó Dobbs.

—No ha podido ser. Tenemos instrucciones precisas —dirigió una ojeada a su reloj de pulsera—. Hasta las seis no debo llamarle al número convenido. Son sus órdenes, Dobbs. Supongo que no pensarás llegar hasta discutir las decisiones del jefe...

—No, claro que no —refunfuñó el otro, encogiéndose de hombros.

Desmond Lee, entretanto, reflexionaba. Mentalmente se dijo que debía, de momento, arrumar en su averiado archivo de los recuerdos, el nombre ficticio de James Smith dado por el Intelligence Service, y recordar en todo momento que él era un tipo llamado Desmond Lee, miembro de un grupo reducido de criminales que, bajo el mando aparente de aquel fornido Ian Gregson —de evidente origen irlandés—, en realidad cumplían órdenes de un misterioso jefe sobre el que nada sabía por el momento, salvo que no debían llamarle por teléfono antes de las seis de la tarde.

Ahora, él era de nuevo Desmond Lee, aunque nada sabía ni recordaba sobre el tal Lee que él fuese en su «otra» vida anterior, previa a su pérdida total de memoria.

La tarea de reconstruir paso a paso esa vida, y la naturaleza y catadura reales del tal Desmond Lee, iba a ser minuciosa y difícil. E incluso peligrosa. No debía hacer ciertas preguntas, porque ello podía hacer entrar en sospechas a sus camaradas, y bastante tenía ya con la clara enemistad de aquel Dobbs, para crearse nuevas dificultades dentro del escondrijo de los criminales. Había observado que seguía llevando el mismo cinturón que le dieron los del Servicio de Inteligencia. Y, por tanto, el broche del mismo seguiría ocultando el microemisor que le mantenía en contacto con los agentes secretos británicos. Al menos, ellos sabían dónde estaba él ahora. Y eso ya era algo.

El doctor Foreman resultó ser un hombre de edad avanzada, cabello blanco y gruesos lentes, frío y poco hablador, que le examinó minuciosamente, le hizo una serie de preguntas, ya

previstas por los médicos del Gobierno, y tras inyectarle una solución intravenosa, explicó a los demás:

—Deben dejarle descansar unas horas. Que tome después algún alimento. Es obvio que algo le ha dañado la mente, posiblemente las drogas con que le trataron para interrogarle, y sufre una amnesia que posiblemente desaparezca pronto, aunque podría prolongarse algún tiempo. Pero no observo en él indicio alguno de gravedad. Su vida no peligra ni creo que se desequilibre su mente. Es todo, amigos.

Abandonó el lugar. Desmond observó que era un hombre de total confianza de sus compañeros de *gang*, porque estuvo hablando cordialmente con Gregson y con Dobbs en un extremo de la estancia, antes de ausentarse.

Luego, a Desmond Lee le entró el sueño de forma paulatina y tranquila.

Se durmió profundamente, esperando que aquel sedante no fuese como el pentotal sódico y le hiciera hablar de cosas que no debía saber nadie, a menos que quisiera ser ejecutado por sus propios compinches.

CAPÍTULO VII

—Todo va bien, por el momento.

—Sí, superintendente. Tenemos fija la situación de la luz roja en el tablero —suspiró Howard Mann, señalando el puntito luminoso sobre el plano encendido de Londres.

—Es un lugar en el Támesis —señaló el policía—. Posiblemente una embarcación amarrada en ese punto.

—Pienso lo mismo. Espero que no ponga a nadie de sus hombres en las proximidades.

—Hicimos un pacto, ¿no? —el superintendente McCaine torció el gesto—. No me gusta asistir pasivamente a todo este juego, porque la seguridad ciudadana depende de mí, pero el Gobierno tiene prioridad en ciertas cuestiones, y yo acepto esa norma.

—Es muy amable y comprensivo, superintendente —le ponderó el hombre del Servicio de Inteligencia—. No desconfío en absoluto de la eficiencia y calidad de los hombres de Scotland Yard, sino que esta es una cuestión que afecta única y exclusivamente a nuestros servicios, superintendente, y queremos llevarlo nosotros de momento entre manos. Estamos especializados en asuntos así, compléndalo.

—Lo comprendo muy bien. Pero la vida de ese muchacho peligra.

—Por supuesto que peligra. Él aceptó la misión a todo riesgo.

—¿No podría estar haciendo un doble juego con nosotros? —dudó el policía.

—No lo creo. Si fuese todavía el mismo que era antes, por supuesto: Pero recuerde que su memoria no existe virtualmente. Es un hombre nuevo. Había que confiar en él o en nadie. Y valía la pena correr el riesgo.

—Supongo que usted maneja mejor estas cosas, señor Mann —suspiró el policía—. Tengo buenas noticias para usted.

—¿De veras?

—Sí. *Lord Percival Melville* ha dejado ya el hospital regresando a su domicilio, aunque con el brazo en cabestrillo. En cuanto a *Sir Brian Pendleton*, supongo que lo sabe usted tan bien como yo.

—Me han informado que está fuera de todo peligro y en proceso

de recuperación —asintió Howard Mann—. Calculan que la próxima semana podrá regresar a su domicilio.

—Eso es. Por desgracia, *Sir Ronald* no tuvo tanta suerte.

—El Foreign Office está furioso con ello. *Sir Ronald* era un hombre casi insustituible en sus tareas. Allí creen que ha sido cosa del enemigo más peligroso que tiene el Gobierno británico en estos momentos.

—¿Quién? —frunció el ceño el superintendente McCaine.

—El «Doctor X».

—El «Doctor X»... —repitió el escocés del Yard con un suspiro—. ¿Existe realmente ese hombre?

—Existe. Su nombre clave no significa nada. Alguien se oculta tras de ese apodo. Alguien lo bastante despiadado y poderoso como para manejar una organización criminal de primera fila en territorio británico, ocupada en actos de sabotaje, atentados y crímenes políticos contra la Corona.

—¿Cómo supieron que se hace llamar «Doctor X»? —se interesó McCaine.

—Una confidencia. Pero el confidente que iba a ampliar sus informes, apareció muerto, brutalmente degollado con un bisturí o algo parecido. Después, le habían trazado una marca en la frente, un aspa sangrante con dos tajos cruzados, en forma de letra X. Eso confirmaba su confidencia.

—¿No dio indicio alguno que permita indagar la identidad real de ese hombre?

—No, ninguno. Iba a darlos cuando le mataron superintendente. Nos quedamos sin confidente. Desde entonces, la organización criminal del «Doctor X» se ha hecho más escurridiza aún.

—¿Y cree que fuese ese misterioso personaje de melodrama el que dispuso el triple atentado de Hyde Park?

—Estoy seguro de ello

—¿Se mezcla el tal «Doctor X» en asuntos políticos, por tanto?

—Son su especialidad. Pero no veo clara su identidad política real, ni tan siquiera para quién trabaja. Nuestros agentes en la Unión Soviética y en otros países del este no han conseguido nada al respecto. Ni un indicio, por leve que sea, de que los rusos o cualquier otro país presuntamente rival nuestro, alquila los servicios del tal «Doctor X» y sus asesinos.

—Puede que obre por sí mismo guiado por un motivo concreto, tal vez por fanatismo político o por odio a Inglaterra...

—No lo creo —rechazó vivamente Howard Mann—. Tenemos informes de que existe otra célula en los Estados Unidos dependiente del tal «Doctor X» No hay nada probado, pero sí mucho de posible Allí también mataron a un agente americano de contraespionaje degollándole marcado luego su mejilla con un aspa sangrienta

—Eso ya es más raro. ¿No cooperan los Estados Unidos en este asunto?

—La CIA está interesada en ello y mantiene contactos estrechos con nosotros, pero no es frente común todavía, contra esa organización

—Puede estar usted equivocado, y no tener nada que ver los compinches de Vanessa Taylor y de su misterioso Jim Smith con el tal «Doctor X» señor Mann

—Lo sé. Es una simple corazonada. El atentado tuvo la audacia y brutalidad que esa organización o banda imprime a sus actos, por eso creo que fue cosa suya, superintendente. Y por eso deseo que se extremen las precauciones en torno a Jim Smith y su misión. Si vuelve a su personalidad anterior al recuperar la memoria antes de tiempo, no solo lo habremos perdido todo, sino que podría utilizarnos a su favor, y estamos ya prevenidos contra esa posibilidad. Si sigue adelante como hasta ahora, no quisiera que un día nos lo devolvieran con el cuello cortado y una equis de sangre en el rostro....

—Sí, le comprendo muy bien —resopló cansadamente el policía escocés, poniéndose en pie—. Le deseo mucha suerte, señor Mann. A usted... y a ese joven Jim Smith, sea quien sea... mientras no vuelva a ser el que fue.

—Dios no lo quiera —los ojos de Mann se clavaron en aquel invariable, fijo puntito de luz roja, anclado sobre el trazo azul de las aguas del Támesis, cerca de Battersea Park, junto a Chelsea Bridge—. Por su propio bien... y quizás por el de la Corona, superintendente,

El policía asintió, agitando una mano en señal de despedida, y saliendo de la furgoneta del Intelligence Service, desde la que era controlada la Operación «Jim Smith», como todos la llamaban ya.

—El «Doctor X»... —murmuró Howard Mann, contemplando ceñudo el plano de la ciudad y la lucecita roja en él—. ¿Será realmente ese individuo de folletinesco nombre el que está detrás de todo esto? Y si es así... ¿quién será y por qué hace todo esto?

En aquel momento, el teléfono sonó, sobre su mesa de trabajo dentro de la furgoneta. Uno de sus hombres lo tomó, tendiéndoselo inmediatamente a Mann.

—Para usted, señor —dijo—. Del Departamento. Es muy urgente.

Howard Mann atendió la llamada, sintiendo una cierta aprensión, seguro de que no se trataría de buenas noticias.

—Mann en persona —dijo escueto—. ¿Quién llama?

—Aquí Charles, del Servicio Especial, señor —sonó una voz—. Ha ocurrido algo.

—¿Qué ha sido ello?

—Un sabotaje en los laboratorios de investigación del Gobierno en Haggerston, señor.

—¿Qué?

—Hay varios heridos y cuantiosos destrozos en la planta donde se experimentaba con un nuevo producto secreto de alto interés nacional. Su inventor, el profesor Lawrence Somerset, ha sido secuestrado de los laboratorios al producirse la explosión. Y se teme que la formula vaya con él...

—¡Maldita sea! —se congestionó el rostro de Howard Mann—. ¡El «Doctor X»! ¡Estoy seguro de que esto es cara suya!

* * *

—El «Doctor X»... El «Doctor X»... No sé, Hazel... No sé...

—¿Has olvidado eso también? —ella le miró preocupada, pero luego sonrió dulcemente y acarició su rostro y sus cabellos, con manos sedosas y sensibles—. Mi pobre Desmond, quisiera poder hacer algo porque recobrases tu memoria. Y no solo por el «Doctor X», para serte sincera.

—¿No? —él enarcó las cejas, mirándola pensativo desde el lecho donde le habían tendido tras el tratamiento del doctor Foreman—. ¿Por qué entonces, Hazel?

—Querido, ¿has podido olvidar hasta ese punto? —se lamentó ella, dejando resbalar sus dedos por el cuello y el torso de él, bajo

las sábanas de la cama—. Lo nuestro, Desmond ... Tú y yo...

La mente en blanco de Desmond Lee trabajó activamente tratando de adaptarse a las circunstancias. Creía comprender. Y para poner a prueba su idea, alargó una mano, deslizándola hasta los duros y firmes pechos de la joven, que acarició por encima de su blusa, audazmente.

—Oh, Desmond, sí recuerdas algo... —gimió ella, entornando lúbricamente sus ojos y dejando asomar a sus carnosos labios una sonrisa de voluptuosidad—. Mi querido Desmond, pensé que no te recuperaría nunca ya...

Su brazo se perdía ya bajo las sábanas, recorriendo la desnudez viril del paciente, mientras él, ya sin inhibiciones, comprendiendo que entre Desmond Lee y Hazel Murphy había existido anteriormente algo más que simple camaradería, sepultó su mano entre los macizos globos de carne de ella, pasando a estrujarlos ardientemente, en toda su voluminosa y recia magnitud.

—Desmond... —casi sollozó ella, temblorosa, deslizándose a su lado en la cama—. Mi amor...

Él sentía ya también las frenéticas caricias de ella entre sus piernas, y el fuego iba apoderándose de ambos a la vez, quemándoles con sus anhelos ardientes.

—Hazel... —buscó su boca y la besó rabiosamente deslizando luego los labios cuello abajo, hasta los botones desabrochados de su blusa. Hizo emerger las hinchidas, esponjosas masas de carne bronceada, sobre cuyos remates oscuros y vibrantes apoyó su boca ávida, succionante.

Hazel vibraba ya con aquellas caricias, introduciéndose entre las ropas del lecho, desprendiéndose de la falda apresuradamente, para aplastar sus firmes muslos contra los musculosos de él, y lograr que el contacto fuese más y más intenso. Gritó roncamente, cuando el macho se abrió paso entre sus piernas, mientras la cubría de furiosos besos.

La habitación se llenó de susurros y jadeos mientras la cama crujía con las convulsiones del desnudo cuerpo masculino y el semidesnudo femenino, implacablemente aplastado por el peso del hombre. Por sus quejidos, Hazel parecía morir lentamente de gozo, y los murmullos roncados de él, pronunciando frases amorosas, la hacían estremecer con renovado apasionamiento, a medida que las

convulsiones corporales iban conduciéndoles a un clímax glorioso y restallante, que arrancó a ambos gritos de supremo placer.

Exhausta, ella se quedó tendida en el lecho, jadeante tras la ruda batalla viril, pero él supo que solo estaba recuperando fuerzas para continuar aquella hermosa y ardiente lucha de cuerpos.

—Un cigarrillo, Desmond, mi vida —la oyó musitar—. Descansemos, hablemos un poco tú y yo... para volver luego a gozar hasta el límite de nuestras fuerzas. No solo sigues siendo mi hombre de siempre, sino que todavía te he sentido más dentro de mí, más intensamente que nunca...

—Y yo también —mintió roncamente él, buscando los cigarrillos que ella había dejado sobre la mesilla. Encendió dos y le puso uno a ella, que sonrió, cerrando sus golosos labios sobre la boquilla, sin dejar de mirarle entre sus pestañas oscuras y sedosas. Luego, bruscamente, pero con voz suave, Desmond indagó—: Dime... ¿Quién es, realmente, el «Doctor X»?

Por un momento, temió haber cometido un error irreparable.

Ella acusó la súbita pregunta. Desmond notó en ella una especie de recelo, de reacción tensa. Los ojos pardos le contemplaron ahora con fijeza incómoda.

—¿Hasta eso has olvidado? —murmuró.

—Lo siento —musitó él, encogiéndose de hombros—. No tengo la culpa de que mi mente me haya jugado esa mala pasada. Tengo una nebulosa idea de todo. Demasiado oscura, en realidad. Para no recordarte siquiera a ti... ya puedes imaginar el resto.

Y su mano se alargó, acariciando con sensualidad los muslos y pechos de su compañera. Esta se estremeció, exhalando un leve gemido. Evidentemente, era puro fuego. Bastaba rozarla para que se encendiese.

Eso pareció despejar algún posible recelo. Le sonrió mientras se inclinaba a besar su estómago, su abdomen, con roces leves, pero electrizantes de sus carnosos lacios expertos, mientras pronunciaba las palabras lentamente:

—También olvidaste a Vanessa, ¿no es cierto?

—Vanessa... Mi compañera de trabajo. Ella ya no existe Hazel —comentó Desmond preguntándose qué quería decir su amante con esa frase.

Pronto lo descubrió Hazel llegó con su boca en pícaros contactos

hasta sus propias ingles. Una vez allí, se detuvo, acariciando con manos estremecidas la entrepierna de su compañero. Y le respondió, maliciosa:

—Sé que fue algo más que tu compañera de trabajo, Desmond, querido. No pudiste engañarme. Ni ella tampoco. Le gustabas. Y ella a ti. Sé que hubo algo entre vosotros antes de partir hacia Hyde Park aquel domingo por la mañana... Se leía en vuestros ojos, en vuestras miradas. Ella parecía muy satisfecha la muy zorra —sonrió malévola, y añadió, con acento irónico—; Claro que tú puedes dejar satisfecha a cualquier mujer, amor mío...

Y antes de que Desmond pudiera impedirlo o imaginarlo, se encontró con la boca de su amante acoplada de nuevo contra su cuerpo, en un beso succionante y vicioso, allá entre sus piernas desnudas.

—Hazel... —jadeó, sintiendo el escalofrío que ella le producía con tal contacto.

—Hazel, ¿qué estás haciendo?

Era inútil preguntárselo. Ella no le respondió, ni hacía falta en absoluto. Estaba demasiado ocupada en dar placer a su amante. Y ella, al parecer, también lo recibía con aquella clase de perversión sexual, porque podían oírse sus gemidos roncós y notarse las sacudidas lúbricas de su desnudez, mientras besaba y besaba, absorbente como una ventosa...

La habitación, nuevamente se llenó de gemidos. Pero Desmond seguía sin saber lo que más le preocupaba en esos momentos: quién era el «Doctor X», y lo que significaba dentro de la organización criminal.

Solo cuando la explosión sensual hubo llegado a su hirviente clímax, y ella saboreó con espasmos de goce supremo la culminación de aquel contacto con su viril amante, haciendo vibrar a este de placer indescriptible con la intensidad y vigor de sus caricias, cayeron jadeantes ambos en el lecho, y tras fumar en silencio otro cigarrillo, él pudo hacer la misma pregunta, con una sonrisa burlona:

—Sigues sin contarme nada del «Doctor X», querida...

Ella rio entre dientes, dándole la apetecida respuesta un momento después:

—Es nuestro jefe, Desmond. El hombre que da las órdenes, el

que nos controla y nos paga. El cerebro, vamos.

—Sí, eso me parecía recordarlo vagamente. Lo que o recuerdo es haberle visto alguna vez...

—Es que no has podido verle jamás —rio suavemente ella—. Por la sencilla razón de que nadie puede ver al «Doctor X». Solo Gregson tiene contacto directo con él, telefónica o personalmente. Pero no te hagas ilusiones, porque Gregson no puede decirnos nada a ninguno, aunque tengamos la misma curiosidad que puedes sentir tú.

—Es un tipo discreto, ¿no?

—No es eso. Es que Gregson tampoco le ha visto nunca el rostro al «Doctor X». Este siempre que se entrevista con él en algún lugar apartado y seguro, va enmascarado. Una caperuza le cubre la cabeza, dejando ver solamente sus ojos. Ni Gregson ni ninguno de nosotros debe de saber su identidad real. Es una precaución que toma siempre, para evitarse futuros problemas.

—Muy inteligente. Así, si un día cae sobre nosotros la policía o el Servicio Secreto británico, todos vamos a presidio excepto el jefe.

—Algo así. Siempre lo aceptaste de ese modo, Desmond querido. No tienes por qué extrañarte.

—No, no es que me extrañe. Es que voy recomponiendo poco a poco las piezas que andan revueltas en mi mente. No es fácil cuando se ha pasado mi experiencia en ese horrible hospital, Hazel. Esa gente no tiene corazón. Son despiadados, brutales.

—Todos lo somos en esta lucha —suspiró Hazel, sacudiendo la cabeza—. Después de todo, ellos defienden algo muy suyo. Su nación, su Gobierno, su Reina y todo eso que les enseñaron a amar y a respetar.

—¿Y nosotros? —sugirió Desmond, notando que llegaba a un punto donde ella podía explicarle cosas muy sustanciosas.

—Nosotros... —ella se encogió de hombros—. Ya sabes lo que somos, después de todo, querido. Simples marionetas. Mercenarios movidos por los hilos que maneja, en principio, el «Doctor X», como jefe nuestro directo. Pero indirectamente, también él es manejado a su vez por los que pagan, sean ellos quienes sean.

Él iba a preguntar algo más. Sentíase excitado con la revelación de Hazel. Pero consideró poco prudente aventurarse en aquella curiosidad que podía despertar las sospechas de su amante, y dar al

traste con todo. En vez de ello, contemporizó:

—Sí, claro... Gente sin patria ni credos. Eso somos después de todo.

—Es nuestra mayor ventaja para el trabajo que hacemos. Nada de corazón, nada de sentimientos. Los fanáticos políticos siempre cometen errores. Nosotros, fríamente, aceptamos una tarea, la que sea y donde sea. Como tú recientemente en los Estados Unidos, o yo en la República Federal Alemana... o Jason Dobbs en el Berlín Este. Todo depende de quien pague. No somos comunistas ni capitalistas, no estamos con Occidente ni con el Este. Así resulta más difícil derrotarnos. Por la sencilla razón de que no tenemos ideales ni partido.

Desmond asintió, sin decir nada. Su mente trabajaba deprisa, sobre el fondo blanco y plano de su memoria ausente. Ahora sabía la clase de organización que ellos formaban bajo el mando del misterioso «Doctor X».

Un nuevo Sindicato del Crimen. Pero dedicado a crimen político, exclusivamente. Sin partido ni color sin nacionalidad ni doctrina. Igual podían asesinar a un político americano o inglés, que a un industrial alemán, a un militar soviético o a un ministro chino o japonés. Todo dependía de quien pagase. De quien estuviera detrás del «Doctor X», con el dinero preciso para la misión.

Una multinacional del Crimen Organizado.

En eso estaba metido. Y a esa clase de gente había pertenecido por convicción hasta perder la memoria. ¿Era posible que él, él mismo, pensara como pensara previamente al ataque de amnesia, fuese capaz de matar fríamente, de sabotear o destruir sin conciencia?

Miró fijamente a Hazel, la tomó por las mejillas con ambas manos, y ella tembló, excitada, pensando que iban a continuar su juego amoroso de nuevo.

—Hazel... —murmuró.

—¿Sí? —respondió ella.

—Hazel, ¿te... te sientes avergonzada de la clase de persona que yo soy?

—¿Avergonzada? ¿Por qué? —se extrañó ella, echándose luego a reír—. No tenemos nada que reprocharnos mutuamente, Desmond. Ambos hemos cometido delitos igualmente crueles. Ambos hemos

robado, sabotado... y asesinado.

Desmond dominó un escalofrío. Asesinado. Era la palabra que había temido. La peor imaginable. De modo que él era, después de todo... un asesino.

—Sé todo eso —suspiró—. Tengo conciencia de ello, aunque no recuerde bien ciertas cosas, Hazel. Pero tú siempre has sido algo mejor que yo...

—Tonterías —rechazó ella—. Mi historial es más breve, eso sí. Pero si yo asesiné a personas como el correo diplomático soviético o a los empleados de aquella factoría alemana donde puse los explosivos, tú has realizado hazañas más difíciles, como fue tu misión especial en los Estados Unidos, cuando asesinaste al agente de la CIA Derek Talbot, que había descubierto demasiadas cosas sobre nosotros... o cuando volaste el tren en aquel país donde se debía fingir la existencia de una célula terrorista que realmente nunca existió, y que justificó una guerra civil. También sé que pudiste asesinar a alguien tan importante como aquel político de las Naciones Unidas, en la crisis que estuvo a punto de provocar un caos mundial, cosa que sin duda quería la persona o personas que pagaron al «Doctor X» por esa labor... Sé que cuando tienes que matar a alguien, nunca fallas, Desmond Lee. Por eso eres el mejor de nosotros, mal que le pese a Ian Dobbs.

Desmond Lee no contestó en esta ocasión. Se había dejado caer de espaldas en el lecho. Los dedos de Hazel volvían a hurgar en su cuerpo, buscando excitar su sensibilidad. Pero él se limitó a susurrar roncamente:

—Por favor, Hazel, ahora no. Tengo sueño... y cansancio.

—Está bien —ella le miró con cierto desencanto—. Duerme, querido...

Le besó y se tendió a su lado. Desmond cerró los ojos.

Pero no dormía. No le era posible ahora conciliar el sueño. Había descubierto algo de lo que se borrara de su memoria recientemente. Y distaba mucho de ser alentador o confortante.

De modo que él era un asesino. Peor que eso, un experto en el crimen, capaz de sacrificar a personas decentes en un atentado o un sabotaje, solo porque alguien le pagaba para ello. Un especialista del asesinato por contrato, al servicio de la política internacional, sin distinción de colores ni ideas.

Al fin sabía lo que había detrás de su memoria en blanco. Y sentía horror y asco de sí mismo.

CAPÍTULO VIII

—¿Quién es ese hombre?

—El profesor Lawrence Somerset. Una eminencia de la Química británica, que este año es candidato al Premio Nobel —explicó gravemente Ian Dobbs.

Hazel, Gregson, Barry y Desmond contemplaron en silencio al hombre que, con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda con tiras adhesivas, permanecía tendido sobre el sofá, en presencia de todos ellos. Otros dos hombres acompañaban a Dobbs. Era la primera vez que Desmond los veía —la primera desde su amnesia, naturalmente—, pero pronto supo que se trataba de miembros especializados en sabotajes, pertenecientes a la organización que, al parecer, poseía en Londres más células de la constituida por ellos. Tal vez era como una densa tela de araña de gente asalariada y sin conciencia, capaz de matar por dinero, situadas en toda Inglaterra... y aun en países diversos. Empezaba a comprender que la organización del «Doctor X» no era un simple *gang* de delincuentes vulgares, ni mucho menos.

Los tentáculos de la monstruosa máquina asesina se extendían por doquier, tal vez con ramificaciones de muy largo alcance. Pero quizás si lograsen extirpar la cabeza, como ocurre con ciertos animales, esos tentáculos terminasen por perecer.

Y la cabeza, evidentemente, era el «Doctor X».

—¿Qué espera conseguir del profesor Somerset? —se interesó Desmond, sorprendido—. ¿Algún rescate?

Dobbs se echó a reír despectivamente, y clavó su fría mirada en Desmond con aire malévolo. Su respuesta fue como un dardo:

—Solo tu maldita amnesia justifica una pregunta tan estúpida, Desmond. El profesor Somerset acaba de crear una nueva arma química sin precedentes, una fórmula que podría interesar mucho a determinado país. Por eso le tenemos ahora con nosotros. Solo él conoce esa fórmula, que estaba desarrollando en los laboratorios del Gobierno británico, por expreso encargo del Ministerio de Defensa. Si logramos que nos facilite esa fórmula vamos a recibir mucho, muchísimo dinero de alguien

—Nunca diré nada de ello, estén seguros —habló con serenidad

el prisionero, irguiéndose en el sofá.

Dobbs se echó a reír.

—Vamos, vamos, profesor —bromeó—. Usted no sabe lo que está hablando. Ni conoce nuestros métodos. Podemos obtener de usted lo que queramos, llegado el momento.

—No hablaré. No sabrán nada. La fórmula no existe como tal. Solo está en mi mente. Y no la revelaré a nadie, hagan lo que hagan. Solo mi patria podrá disponer de ella.

—¿Han visto qué gran patriota tenemos entre nosotros? —Dobbs soltó una carcajada agria—. Pobre hombre... No sabe la que le espera, si se pone duro...

—Ya basta con eso, Dobbs —cortó Gregson secamente—. Llegado el momento se procederá a interrogar al prisionero. Por ahora, huelgan los comentarios y las amenazas, ¿está eso claro?

—Vete al infierno —gruñó Dobbs, mirándole con disgusto y saliendo de la estancia.

—Llévenlo a la bodega, muchachos —ordenó Gregson, dirigiéndose a Barry y a los dos ayudantes de Dobbs—. Allí estará seguro. Llévadle comida y bebida cada ocho horas. Profesor espero que reflexione durante el tiempo que tardaremos en iniciar la charla con usted. Cuantos menos problemas nos presente, mejor lo pasará usted, y no tendrá nada que temer de nosotros.

—Pierden el tiempo —se mantuvo con arrogancia el científico—. No hablaré.

—Está bien, abajo con él —suspiró Gregson—. Tengo que hablar con el «Doctor X» antes de iniciar los interrogatorios...

Desaparecieron con el sabio investigador por una puerta metálica de aquel recinto que Desmond ya había identificado, sin lugar a dudas, como un barco de amplias dimensiones, sin duda alguna, amarrado en el Támesis. Esperaba que las señales de su cinturón indicaran nítidamente su actual paradero a la gente del Servido de Inteligencia. Pero, ¿a qué esperaban ellos para atacar? Tal vez a que el propio «Doctor X» cayera en el ceпо.

—¿Cree, realmente, que hablará y dará la fórmula? —preguntó Lee a Gregson.

—Lo hará, aunque sea por medio de drogas —le miró fijamente el jefe del grupo—. Nosotros también sabemos ser despiadados cuando llega el momento, Desmond. Tú lo sabes, aunque no lo

recuerdes bien.

—¿Y después? Aun suponiendo que les dé la fórmula, no pueden venderla a un país extranjero... ¿no volverá el a fabricarla para Inglaterra, apenas vuelva a estar libre?

—Es que, mi querido Desmond, seguramente el «Doctor X» ordenará que el buen profesor no quede libre después de hablar —sonrió Gregson con expresión siniestra.

Desmond se estremeció. Dominó su angustia con una total inexpresividad en su rostro. Pero interiormente, supo la suerte final que, de todos modos, esperaba al profesor. Nunca le permitirían regresar con vida al exterior. Estaba condenado a morir de antemano.

—Entiendo —asintió, moviendo la cabeza en sentido afirmativo—. Sí, entiendo. Eso es mucho más inteligente, supongo.

—Mucho más, aunque resulte también más cruel. La guerra, nuestra guerra, Desmond, sabes que es implacable. Cuando nos den caza los enemigos de cualquier país en donde operemos, tampoco podremos esperar demasiada piedad de ellos...

Desmond no dijo nada. En ese momento, sonó en alguna parte un timbre apagado. Gregson fue al muro abrió una tapa metálica, y extrajo un radioteléfono. Atendió la llamada, hablando con tono grave y respetuoso. Al final, colgó, volviéndose hacia Desmond y Hazel.

—El «Doctor X» está enterado de tu recuperación —dijo, dirigiéndose a él—. Por cierto, tengo buenas noticias para ti. Vas a ocuparte de un asesinato de alta política. Te ha designado a ti para ello. Por algo eres el mejor...

—¿Un asesinato?

Ian Gregson miró sonriente a su interlocutor. Asintió despacio.

—Sí, Desmond. Tu baza fuerte. Nunca fallas cuando eres tú el ejecutor. Nuestro gran error fue confiar a Vanessa el atentado de Hyde Park actuando tú como simple protector de ella. Vanessa se creía capaz de igualarte. Y su error le costó la vida. Contigo no tenemos esos temores. Seguro que lo harás a la perfección.

—Recordad que ya no soy el mismo —objetó Desmond—. Mi amnesia...

—Una amnesia, simplemente, no puede cambiar a un hombre —rio Gregson agriamente—. Si piensas otra cosa, es que habrás visto

alguna vieja película americana por la televisión. Un hombre es siempre el mismo le ocurra lo que le ocurra a su memoria. Uno no actúa de un modo o de otro según los recuerdos que almacena en su mente, sino según sus normas de conducta. El cerebro humano tiene una línea de conducta que no está afectada por los recuerdos memorizados, Desmond. Un tipo honesto, sigue siendo honesto, aunque no tenga memoria. Un asesino siempre será un asesino, le ocurra lo que le ocurra a su mente, amigo mío.

Lee no comentó nada. Estaba seguro de eso previamente. Solo faltaba que ahora se lo confirmase Gregson, para que la terrible losa que pesaba sobre su conciencia se fuera haciendo por momentos más pesada y aterradora.

Entre todos aquellos seres sin conciencia, honor ni patria, él era el peor de todos. El peor y más desalmado.

—Creí que, de momento, bastaba con el atentado a los laboratorios del Gobierno y el secuestro del profesor Somerset —dijo tras un silencio.

—Es un vasto plan de terror el que preparamos ahora —rio Gregson—. El jefe nos ha prometido un beneficio diez veces superior al habitual. Será un gran golpe que nos llenará los bolsillos de libras esterlinas. Y todo depende de ti, Desmond.

—Bien. ¿Qué debo hacer?

Gregson le miró, pensativo.

—¿Te sientes capacitado para ello, sea lo que sea? —indagó.

—Si lo estuve siempre, antes de ahora, ¿por qué habría de ser diferente en esta ocasión? —habló desdeñosamente el joven—. Tú lo has dicho; un hombre es siempre el mismo, mientras su cerebro siga una misma línea de conducta impresa en su mente.

—Bravo, Desmond —le palmeó afectuosamente la espalda Gregson, riendo—. Me alegra verte otra vez como siempre fuiste. Adelante con el trabajo. Vamos a otra cámara donde hablemos del asunto seriamente, y te exponga los detalles de tu trabajo.

—¿Debo hacerlo solo?

—No —negó Gregson—. Es un trabajo difícil. Dobbs te ayudará.

—¿Ha de ser precisamente Dobbs?

—Sí. Ya te dije que es difícil. Dobbs es bueno. Juntos podéis hacer grandes cosas.

—No simpatizo demasiado con él.

—Ya lo sé. Pero no hay otro mejor para apoyarte en esto.

—Hubiese preferido a Hazel.

—Hazel no tiene talla para algo así. No discutamos más. Vamos a revisar los detalles, Desmond. Dobbs será tu ayunante.

—¿Qué ha dicho él a eso?

—Nada, porque ni siquiera lo sabe aún. Lo que pueda decir no cuenta. Son órdenes, Desmond. Órdenes directas del «cerebro», ¿entiendes?

—Sí, claro. «El Doctor X».

—Exacto. De él mismo. Cuando se lleve a cabo el golpe, la confusión nacional e incluso internacional será tremenda. Se trata de un golpe psicológico al equilibrio político internacional y al propio *establishment*, para lograr que se culpe de ello a una cierta organización extremista, lo cual provocará un inevitable golpe de Estado en territorio británico, de imprevisibles consecuencias.

—Cielos... —Desmond, mientras seguía a Gregson hacia otra cámara del barco donde se hallaba la madriguera de los profesionales del crimen, iba dándole vueltas a su confusa mente en torno a mil posibilidades— ¿Tan seria va a ser la cosa?

—Sí. Muy seria. ¿Te preocupa acaso a estas alturas?

—No, claro que no. Ya no hay nada en el mundo que me preocupe, Gregson —rio duramente, entraron en un camarote con proyector de películas y diapositivas, asientos y un mueble-bar en un rincón, con radie-teléfono encima—. ¿Vamos a ver algún estreno?

—Muy chistoso, ¿eh, Desmond? —le miró irónicamente su acompañante—. No, no creo que sea ningún estreno. Las imágenes que vamos a proyectar en esa pantalla son todas ellas ya vistas muchas veces en noticiarios y especialmente, en los telediarios habituales. Pero siempre es interesante ver los hábitos y costumbres de quien se convierte en nuestro objetivo inmediato. Siéntate y presta atención. Te proyectaré cuantas veces sea necesario el material reunido. Pero fíjate bien en cada detalle, y grábalo en tu mente. Te puede ser decisivo a la hora de la verdad.

—Muy bien —Lee se sentó en una de las butacas de la reducida sala de proyección—. Estoy esperando el espectáculo, Gregson.

—Adelante pues —rio entre dientes su jefe inmediato, siguiendo la broma—. No hay negocio como el negocio de los espectáculos...

{2} Veamos si ello es cierto, amigo mío.

Comenzó a manipular la máquina. La pantalla se iluminó, tras correr Ian Gregson las cortinas de los ojos de buey asomados a una vista borrosa y gris del Támesis, en una zona donde solo se descubrirían tinglados y embarcaderos sucios.

Tras una serie de fotogramas rayados y números, apareció una imagen popular ante cualquier ciudadano inglés. Desmond Lee recordó que la había visto varias veces durante los días de reeducación psíquica que pasara con la doctora Sheila Turner en el hospital del Estado.

—Eso... eso es el diez de Downing Street... —murmuró.

—En efecto. Lo es —asintió Gregson gravemente, desde detrás del proyector.

Un coche se detuvo ante la puerta del Downing Street, y de él descendió un hombre con sombrero oscuro maletín en la mano y una sonrisa hacia la cámara. Desmond lo señaló.

—Y ese es... el primer ministro —dijo.

—Exacto —rio Gregson—. Justamente el hombre a quien tienes que asesinar mañana, Desmond...

CAPÍTULO IX

—¡El primer ministro!

—En efecto. Está todo dispuesto —Desmond Lee habló desde la cabina pública con rapidez, mirando a través de los vidrios de la roja estructura del teléfono de uso público que estaba utilizando para su llamada—. Será hoy mismo. Dentro de cinco horas.

—Es poco tiempo... —jadeó la voz de Howard Mann—. ¿No pudo avisar antes, Smith?

—Imposible —aferró Desmond al micrófono, sin quitar sus ojos del exterior—. Es la primera ocasión en que he salido del escondrijo. ¿Conocen su paradero exacto?

—Sí, no hay problema en eso. Es un viejo barco en el Támesis, un carguero vulgar, mezclado entre otros muchos. Por fuera parece un trasto incómodo y vetusto.

—Por dentro está habilitado como un yate de lujo —explicó Desmond—. ¿Qué piensan hacer?

—No lo sé. No esperaba esto, la verdad. ¿Dice que tienen al profesor Somerset?

—Sí. Y eso no es lo peor. Van a sacarle la fórmula secreta por medio de drogas o de tortura psico-mental. Hable o no, la asesinarán luego. Está decidido.

—Las cosas no están fáciles, Smith.

—¿Qué esperaba? ¿Una fiesta de Navidad? ¿No van a atacar el barco?

—No serviría de mucho. Gregson es un esbirro, aunque importante. Usted y los demás, simples ejecutores. Nos falta el cerebro, el jefe.

—El «Doctor X».

—Por supuesto —asintió la voz del hombre del Servicio de Inteligencia, al otro extremo del hilo—. «El Doctor X»... Daríamos algo por saber su identidad, su paradero....

—Eso no es fácil, señor. Ni siquiera Ian Gregson, su segundo, lo sabe.

—¿Gregson es vuestro jefe directo?

—Sí. Él, con Hazel Murphy, Jason Dobbs y el tal Barry, cuyo apellido ignoro, forman el que pudiéramos denominar grupo selecto

del «Doctor X». Grupo en el que, por supuesto, entra también Desmond Lee en lugar muy destacado.

—¿Desmond Lee... es su nombre real, Smith?

—Sí —suspiró él.

—¿Y ha sido usted... un personaje peligroso?

—De lo peor, señor Mann. Estoy aterrado. ¿Cómo pude ser capaz de ciertas cosas?

—No se atormente ahora por eso. Olvídalo y trate de sernos útil. Todo su pasado quedará borrado de nuestros archivos, de nuestras represalias, como ha quedado ahora de su memoria.

—¿Y quedará del mismo modo borrado de mi conciencia, señor?

—Eso ya lo discutiremos en otro momento, Smith. Deme los detalles del plan trazado. Investigaremos a sus compañeros por si tienen antecedentes. Y trataremos de impedir que se cometa el magnicidio.

—Ahora le daré los detalles. Otra cosa, señor.

—¿Cuál?

—Al parecer, asesiné a un hombre en América. A un agente de la CIA llamado Derek Talbot, siendo yo el Desmond Lee que antes era. Trate de comprobarlo como sea, por favor. Es algo que me afecta muy directamente.

—Lo haré, no se preocupe. Derek Talbot, de la CIA. Conectaremos con los Estados Unidos enseguida. Ahora, el plan de asesinato del primer ministro, por favor...

Desmond Lee se los dio, sin perder de vista la calle. Había salido por fin del cerrado recinto del barco anclado en el Támesis, refugio y cuartel actual del grupo capitaneado por Ian Gregson, en compañía de Jason Dobbs, para iniciar sus movimientos, encaminados al asesinato del primer ministro británico, el actual ocupante del número diez de Downing Street. Y no se fiaba de Dobbs.

Era evidente que la enemistad, la hostilidad manifiesta entre ambos hombres podía llegar a constituir un peligro cierto, si Dobbs llegaba a sospechar algo. El criminal era un hombre solapado, astuto y frío, que sentía un odio y envidia profundos hacia su compañero de delitos, y eso constituía un riesgo constante. Ahora, debía de actuar unido a Dobbs de modo que este no sospechara nada, o todo se derrumbaría sin remedio, y ello marcaría su propio

fin. Sabía que la organización no tenía piedad con nadie. Menos aún la tendría con el que ellos considerarían un traidor.

Pero el riesgo, de momento, parecía no existir. Dobbs y él tenían que actuar por separado, independientemente, durante un cierto tiempo, preparando las líneas maestras del plan criminal destinado a cometer el magnicidio. Y era el único momento con que contaba para contactar con el Servicio de Inteligencia británico, a través de la línea especial de teléfono destinada por Howard Mann a tal efecto.

Terminó de dar los detalles. Tras un breve silencio, la voz de Mann sonó al otro extremo del hilo:

—Está bien. Es todo de momento, Smith. No se arriesgue más. Trataremos de evitar en lo posible que el plan produzca víctimas. Y protegeremos de forma adecuada al primer ministro, aunque intentaremos convencer a ese Dobbs de que usted hizo su tarea a la perfección. Deje el asunto en nuestras manos. Si puede comunicar más tarde, hágalo. Si no... hasta pronto. Y siga trabajando sin despertar sospechas.

Colgaron. Desmond Lee se quedó contemplando el teléfono, tras colgar él también. Había cumplido con su misión por el momento. El Servicio Secreto impediría que el primer político del país fuese asesinado. Pero nadie podía impedir que él siguiera sintiéndose tremendamente culpable, que él fuese, a pesar de todo, el Desmond Lee que había nombrado Hazel: un hombre implacable, cruel, capaz de asesinar a sangre fría a cualquier ser humano, por simple encargo, por una suma de dinero. También él era uno de los mercenarios del crimen. Y de los peores.

Abrió la puerta de la cabina y pisó la acera. Una sombra se erguía ante él, inesperadamente. Alzó la cabeza. Sintió un escalofrío.

¡Dobbs!

Estaba allí. Mirándole fijamente. Erguido ante la puerta de la roja cabina telefónica. Tenía hundidas las manos en su liviana gabardina marrón. Los ojos brillaban glaciales. Una mueca inquietante curvaba sus labios.

—¿Y bien, Desmond? —preguntó con voz helada— ¿De hablar con la familia?

—Será mejor que no diga nada de esto a nadie, Dobbs —replicó

con igual frialdad Desmond, controlando sus nervios—. No está sola Hazel en mi vida, después de todo. Pero a ella no iba a gustarle nada saberlo, ¿entiende?

—Oh, claro, claro —rio entre dientes Dobbs—. Comprendo muy bien. Vamos, el coche está en la esquina esperándonos. No podemos perder más tiempo.

—¿Cuento con su discreción? —insistió Desmond, como si realmente fuese un simple asunto de faldas el que le llevó a aquella cabina.

—Por supuesto —asintió Dobbs, ambiguo—. En marcha, Desmond.

Cruzaron la calle. Un automóvil negro, un costoso modelo de la Rolls Royce, esperaba al otro lado de la calle con un chófer uniformado. Otro miembro del grupo. Desmond le había visto antes, trayendo cautivo al barco al profesor Somerset. Subieron ambos hombres al asiento posterior. Dobbs habló escuetamente al chófer:

—En marcha, Kern. Ya sabes adónde...

El vehículo arrancó. Desmond Lee suspiró, volviéndose hacia Dobbs para comentar algo trivialmente y alejar, de una vez por todas, cualquier sospecha de la mente de su peligroso compinche.

Se quedó helado, en silencio. Una pistola automática con tubo silenciador se mantenía fija ante sí, apuntándole a quemarropa. El rostro de Jason Dobbs era una máscara de fría ira y de odio sin límites.

—Vamos, Desmond —silabeó—. Vas a contarme detalle a detalle esa traición. Había órdenes de no hablar con nadie, ni siquiera por teléfono. Tu historia de otra chica no hay quien se la trague, y yo menos que ninguno. Si no hablas, te volaré la cabeza aquí mismo, sin el menor escrúpulo, maldito cerdo traidor.

* * *

La doctora Sheila Turner paseaba inquieta por la estancia, sus manos hundidas en los bolsillos de su blanca bata profesional. Howard Mann la miró, pensativo.

—Estoy preocupada —dijo—. Muy preocupada por ese hombre.

—¿Por Jim Smith? —indagó Mann.

—Sí, por él.

—No tiene nada que temer. Lo está haciendo muy bien hasta

ahora —sonrió Mann—. De no ser por él el primer ministro correría ahora un serio peligro mortal. Y ya hemos adoptado precauciones. Un «doble» del Premier, dotado con chaleco antibalas y un sistema especial de protección se dirigirá hoy al Parlamento a la hora del previsto magnicidio. Todo está a punto, gracias a Desmond Lee, que es su nombre real.

—Pese a todo, me inquieta su seguridad —confesó la doctora—. Le hemos enviado a una misión suicida, para un hombre que tiene la mente en blanco como él. En cualquier momento pueden sospechar... y deshacerse de él sin más.

—Es el riesgo que corría. Lo supo cuando aceptó —dijo Mann con resignación—. Todos nuestros hombres se juegan la vida en su misión. Este será un modo, quizás, de que se sienta lavado de anteriores pecados. Le noté abrumado por sus culpas.

—Estamos jugando no solo con un ser humano, como tantas veces se hace en el espionaje y el contraespionaje, señor Mann, sino también con un cerebro enfermo, con un hombre que debería estar aún bajo mis cuidados psiquiátricos y no jugándose la vida.

—Doctora, la noto particularmente conmovida por nuestro hombre sin memoria —sonrió Mann—. ¿Por qué motivo? ¿Acaso ha simpatizado con él más que con otros?

—Quizá solamente pienso como médico, no como ser humano —murmuró ella, moviendo su rubia cabeza con pesar—. Casi me siento culpable de lo que pueda sucederle.

—No diga eso, doctora. Gracias a usted, a fin de cuentas, hemos recuperado a un hombre que ya no era nadie, salvo un cuerpo sin recuerdos ni pensamientos, un ser sin pasado y, posiblemente, sin futuro.

—¿Están investigando quién fue realmente Desmond Lee? —se interesó ella.

—Lo estamos intentando. Seguramente ni siquiera tenga antecedentes o fichas policiales. Esa gente trabaja con personas limpias, que no constan en los ficheros, doctora Turner. Son tan listos como despiadados.

—¿Quiénes son los despiadados, amigo Mann?

Se volvió sorprendido el hombre del Servicio de Inteligencia, al ver entrar al hombre severo, alto, flaco con el brazo en cabestrillo. Su expresión se tomó respetuosa.

—¡*Lord Melville*! —exclamó, gratamente sorprendido, yendo a su encuentro—. ¿Ya está tan recuperado como para preocuparse de asuntos oficiales, señor?

Lord Percival Melville sonrió tibiamente, mostrando su brazo y hombro heridos.

—Estoy muy interesado en saber quiénes me hicieron esto, señor Mann —confesó—. Nunca, hasta ahora, fui atacado por asesinos en toda mi larga carrera política. Y menos aún, corrí riesgo de muerte, mientras otro hombre, *sir* Ronald, moría junto a mí... Tengo, por tanto, un interés especial en el caso, igual que *sir* Brian Pendleton, que ha solicitado regresar a su domicilio antes de lo previsto, y lo hará mañana, para ocuparse personalmente de los asuntos de su Departamento.

—Pero eso es una locura. *Sir* Brian sufrió heridas serias, puede recaer si trabaja... Ya estamos ocupándonos del asunto con eficacia, *lord Melville*.

—A mí no me diga nada —rio el alto funcionario del Gobierno—. *Sir* Brian quería hablar con usted desde el hospital cuando a mí me dieron de alta. Será mejor que le llame. Ya sabe cómo es él. Cree que el mundo no funciona si él falta en su puesto...

Mann asintió, con una vaga sonrisa, dirigiéndose al teléfono de línea especial, en tanto *lord Melville* saludaba cortésmente a la doctora Turner.

—Tengo entendido, doctora, que usted se ha ocupado personalmente de un hombre que, según me han contado en el propio Gobierno, puede resolver el misterio de los atentados políticos últimamente cometidos en territorio británico...

—Así es, *lord Melville* —suspirió ella—. Es una larga historia, cuyo final todavía desconocemos... y ojalá termine bien.

Y sus ojos examinaron, una vez más, la ficha clínica que tenía sobre la mesa, con los datos relativos a Jim Smith-Desmond Lee, su paciente. Las bellas pupilas claras de la rubia y hermosa psiquiatra, revelaban cada vez una más profunda preocupación.

Preocupación por la suerte que pudiera correr el hombre que iba a traicionar a sus camaradas para intentar rectificar así su pasado criminal, cuando tenía memoria.

—¡Cerdo! ¡Traidor maldito! ¡Bastardo!

Y Hazel Murphy descargó violentamente su mano sobre el rostro de Desmond Lee, fuertemente sujeto a la butaca donde había sido atado por sus captores. No fue una, sino cuatro o cinco bofetadas, ásperas y dolorosas, las que enrojecieron la cara del prisionero, en tanto la expresión de este se mantenía inmutable y rígida.

—¡Nos engañaste a todos, empezando por mí misma! —clamó la que fuera su amante, con ojos encendidos de cólera—. ¡Ahora comprendo que Vanessa murió por culpa tuya, maldito cobarde vendido al enemigo!

—Ya basta —la interrumpió sombríamente Gregson, sujetando su brazo cuando iba a golpear de nuevo a Desmond, por cuyas fosas nasales escapaban ahora dos hilillos de sangre—. No estoy dispuesto a que tú le mates con tu cólera, Hazel. Tenemos que interrogarle, y muy a fondo. Será más doloroso eso para él que todas las bofetadas que tú puedas propinarle. Además, el «Doctor X» quiere que tenga un final digno de su traición, querida. De modo que no precipites las cosas.

Desmond se limitaba a sonreír duramente, contemplando a sus captores. Se preguntó cuál sería ese secreto plan del «Doctor X» para terminar con él. Ciertamente, no podía ser nada bueno, de eso estaba bien seguro.

—Llévalo abajo —ordenó Gregson a los hombres de Dobbs, que se limitaba a presenciar con fría hostilidad al hombre a quien sorprendiera en plena traición—. Por desgracia, ya no podemos llevar a cabo el atentado. El aviso de ese traidor ha debido hacer que se monten todas las medidas adecuadas al caso para impedirlo...

Desmond fue sacado a empujones de la estancia por los dos individuos, y caminó sobre sus pies sin ligar, mientras el resto de su cuerpo aparecía firmemente asegurado con las cintas adhesivas que le impedían mover los brazos.

El corredor del barco anclado en el río, conducía directamente a una escalerilla descendente a la bodega del mismo. Observó que el barco se movía, prueba evidente de que estaban cambiando de posición ante el peligro de una redada policial inminente.

Sus ojos se clavaron en un ojo de buey abierto en el corredor. Era amplio y ofrecía, cuando menos, una posibilidad.

«Vale la pena intentarlo», pensó.

Y cuando llegaron a su altura, no vaciló lo más mínimo. Fingió tropezar y caer contra el muro. Sus captores fueron a cogerle, confiados. Entonces, Desmond Lee pegó un brutal rodillazo en el hígado de uno de ellos, que exhaló un ronco alarido y se dobló, cortada la respiración. Al otro, Desmond le pegó con su cabeza, en terrorífico impacto, justo en su sien y parte de la frente.

Aunque él mismo se notó aturdido, como si de repente tuviera dentro de su cráneo una colmena furiosa, el otro recibió peor parte, y se lamentó, tambaleante, con una brecha sangrante en su frontal.

Desmond aprovechó el momento sin pérdida de tiempo. Se elevó de un salto, metiendo cabeza y hombros por el ojo de buey. Cuando los otros reaccionaron, empezando a gritar y buscando sus armas con premura, él ya tenía medio cuerpo fuera.

Oyó que Gregson y los demás acudían al ruido de la pelea y las voces de los dos burlados vigilantes. Tomó impulso, y se lanzó al agua.

Chapoteó su cuerpo en el Támesis, sepultándose en las sucias aguas violentamente y desplomándose hacia el fondo como un fardo lastrado con plomo. Por encima de su cabeza, las balas de armas silenciosas acribillaron la superficie ribereña, en busca de su cuerpo como blanco.

Pero Desmond había tomado aire suficiente en sus pulmones y, aunque no podía mover sus brazos, fuertemente ligados a la espalda, las piernas se activaron, logrando equilibrar el descenso en las sucias y grasientas aguas, para luego iniciar un buceo en sentido horizontal, en busca de mayor altura.

Los disparos continuaban en el exterior. Desmond, bajo el agua, buscó la sombra del barco en movimiento, y cuando lo hubo localizado, se situó bajo el mismo, nadando con su pesada protección encima, hasta que los pulmones le amenazaron estallar.

Se izó con rapidez, agitando sus piernas con un tijereteo veloz, hasta emerger junto al casco del barco, pero junto a la proa. Era más peligroso, porque podía partirle en dos en su marcha, pero sabía que a popa estarían esperándole, armas en ristre, para coserle a balazos.

Salió el tiempo justo para tomar aire, al lado de la amenazadora quilla, y se volvió a sumergir con celeridad.

La falta de brazos y manos para luchar contra las aguas turbias y grasientas del río era un grave hándicap, pero Desmond sabía moverse con la sola ayuda de sus piernas y su acompasada y perfecta respiración, expulsando espaciadamente el aire de sus pulmones, sin prisas, pero sin agobios tampoco, como si realmente lo hubiera hecho antes muchas veces y estuviera perfectamente entrenado para tal acción. Se preguntó interiormente, aun en situación tan seria y trascendente, dónde y por qué motivos habría adquirido él tal experiencia. Pero su memoria, por desgracia, continuaba en blanco y no había respuesta en ella.

Ninguna respuesta. Solo que ahora eso importaba poco. Lo que tenía que hacer era salvar su vida, aunque no valiese demasiado, sabiendo como sabía que era un criminal de la peor y más baja especie, un vulgar y despiadado asesino a sueldo.

Había otras personas, otras vidas mucho más valiosas, que dependían exclusivamente de él. El primer ministro, que seguramente sería atacado en otra hora, fecha y lugar no previstos por sus compañeros del Servicio de Inteligencia. Y con él, vidas humanas que podían depender de una tensa situación internacional provocada por ese magnicidio. Y hasta la existencia del profesor Somerset, cautivo de los criminales, con la posibilidad de que su terrible fórmula fuese a parar a las peores manos.

Eran demasiadas cosas. Demasiadas responsabilidades dependiendo de un solo hombre, y un hombre que, además, estaba en serios apuros en estos momentos, con la muerte escoltándole tanto en las profundidades del Támesis como en su superficie, a bordo de aquel viejo barco convertido en madriguera de los conspiradores.

El aire se agotaba. Tenía que regresar a la superficie, con todos los riesgos que esto comportaba. De nuevo aquellas flexiones rápidas y precisas, tijereteando sus piernas para elevarse, cabeza en alto, y emerger de las aguas para tomar el aire necesario. La sombra del barco continuaba proyectando su masa amenazadora encima de él. Pero apartarse demasiado, podía significar ofrecer un blanco perfecto a cualquier arma de precisión y largo alcance de las que, sin duda, existirían abundantes reservas a bordo.

Emergió. Esta vez junto a un lado del barco, casi rozando su casco en movimiento. Una oleada de grasa y fango le ensució el

rostro. La embarcación se deslizó a su lado, y pudo oír gritos, llamadas, frases crispadas a bordo. Sin duda alguna, intentaban localizarle desesperadamente en el río. Y lo que era peor, unas frases peligrosas, amenazadoras, llegaron hasta sus oídos:

—... poneos esos trajes de goma... para la inmersión rápida... hay que dar con él... y eliminarlo en el fondo del río...

Hombres rana. Iban a descender en busca suya. Eso terminaría con todo. No podía luchar, defenderse, desplazarse con rapidez, si dos o tres hombres con fusiles submarinos o cuchillos le agredían en las sucias aguas. Moriría sin remedio.

Justo en ese momento, cuando iba a sumergirse otra vez, la salvación apareció ante sus ojos, como un auténtico milagro.

Una lancha patrullera de la policía surgió frente a él, mostrándole su proa, que hendía a buena velocidad la superficie del río. Oyó una sirena a sus espaldas y, al girar la cabeza, descubrió otra lancha policial a motor, acercándose en sentido opuesto, la una al encuentro de la otra.

Imaginó el resto. Debían de tratarse de patrullas de vigilancia establecidas por Howard Mann para controlar el movimiento del barco de los asesinos. Pero en este momento, su presencia salvaba su vida, sin lugar a dudas.

Se sumergió de nuevo, moviéndose con rapidez en dirección al punto donde sin duda iban a confluir ambas embarcaciones de la policía fluvial. Cuando volvió a surgir en la superficie, lo hizo justamente entre las dos canoas fuertemente armadas. Emitió un agudo grito de aviso:

—¡Eh, los de las lanchas policiales! ¡Aquí! —clamó—. ¡Es urgente! ¡Sálvenme!

Los agentes uniformados asomaron a la borda en ambas embarcaciones. Rápidamente, dispusieron sus sistemas de salvamento. Allí, en el barco de los esbirros del «Doctor X», hubo una conmoción al advertir su maniobra. Pero aceleraron con rapidez la marcha, alejándose río abajo, hacia la desembocadura.

Los ojos de Desmond, al ser izado a bordo, se clavaron en el cielo, en la sombra ronroneante de un helicóptero policial. Uno de los agentes sonrió, cuando él se identificó, informándole con voz jovial:

—No tema, amigo. Ese barco no se va de nuestro control. Son las

órdenes. También tengo orden de conducirlo inmediatamente a presencia de ciertas personas, si llegamos a dar con usted, como ha ocurrido. Ahora informaré de todo esto.

—Por favor, añada algo más —pidió Desmond—. Dígales que el plan ha fallado. Me descubrieron. No creo que intenten hoy su previsto atentado...

—Está bien —asintió el policía, sacudiendo la cabeza—. Lo informaré así, señor.

CAPÍTULO X

Desmond Lee contempló en silencio a las dos personas con quienes estaba reunido ahora.

—¿De modo que el barco está vacío?

—Es lo que acaban de informar —suspiró la doctora Sheila Turner, moviendo afirmativamente su rubia y hermosa cabeza—. De alguna forma, sus ocupantes huyeron, llevándose consigo al profesor Somerset. Cuando las patrullas policiales subieron a bordo, tras darles el alto y no ser obedecidas, en el estuario del Támesis, comprobaron con sorpresa y decepción que no había persona alguna a bordo. Todos habían evacuado el barco, sin que las lanchas de la policía ni los helicópteros hayan captado nada.

—Imagino cómo debieron hacerlo —reflexionó Desmond, frotándose el mentón, con gesto sombrío.

—¿Cómo? —se interesó *lord* Percival Melville, presente en el centro del Servicio de Inteligencia, en su calidad de alto funcionario del Gobierno, relacionado esta vez con el atentado previsto contra el primer ministro del Gobierno de Su Majestad.

—El barco debe tener una salida especial subacuática, por debajo de su nivel de flotación. Recuerden que ha sido habilitado especialmente para transportar al personal especializado en crímenes políticos a sueldo, que capitanea el misterioso «Doctor X». Posiblemente una especie de minisubmarino o sumergible de bolsillo, capaz para varias personas, evacuó al prisionero doctor Somerset, a Ian Gregson, a Jason Dobbs, a Hazel Murphy y a los dos o tres esbirros restantes. Luego, una vez lejos y sin ser detectados, ya poco les importaba que ocupara la policía su refugio flotante.

—Esa gente parece muy lista —comentó el hombre del Gobierno, ceñudo, apoyando en una confortable mesa de caoba su brazo en cabestrillo.

—Lo es, *lord* Melville —asintió Desmond, contrariado—. ¿Dónde están el señor Mann y el superintendente McCaine?

—Cercando Downing Street y el Parlamento, en previsión de cualquier emergencia —explicó el aristócrata.

—No creo que ataquen ya al primer ministro.

—Yo tampoco —suspiró la doctora Turner—. Saben que estamos

sobre aviso y no lo intentarán en esta ocasión. Esperarán, sin duda, a circunstancias más favorables para sus planes. Ahora, Smith, lo que debe hacer usted es descansar un poco. Se lo merece.

—Sabe muy bien que no me llamo Smith, doctora —habló Desmond, mirando fijamente a la psiquiatra que había intentado hacer de él un hombre nuevo, a partir de cero—. Mi nombre real es Desmond Lee, y he sido siempre un asesino, un mercenario del crimen carente de escrúpulos y de conciencia.

—Pero ahora ya no lo es, Desmond —sonrió ella, aunque sus ojos claros revelaban preocupación y tristeza al fijarse en él—. Eso es lo que cuenta, ¿no cree?

—No, no lo creo, doctora —suspiró Desmond Lee—. Lo que cuenta es lo que soy yo en forma consciente cuando tengo mi propia memoria y mis pensamientos de toda una vida, no lo que hizo de mí un accidente, al borrarle mis recuerdos. Soy un asesino. Y como tal debo ser tratado. Si en un momento determinado vuelve a mí la memoria... ¿qué sucederá? Que volveré a ser el que siempre fui, y él Jim Smith que pretendía ser honesto, patriota y digno, no existirá ya jamás, ¿se da cuenta de eso?

—Sí —asintió la doctora—. Me he dado cuenta de ello en todo momento. Pero me resisto a pensar que sea usted quien dice ser. Un hombre no puede cambiar tanto, por el simple hecho de perder su memoria. Está el instinto natural, está la inclinación psíquica, está la conducta, que todos tenemos grabada, como en una computadora, en una zona de nuestro cerebro, que es la que condiciona nuestras actitudes...

—Aun así, Desmond Lee ha sido siempre un asesino —replicó él con frialdad—. ¿Se ha comprobado, doctora Turner, si yo maté realmente a un hombre llamado Derek Talbot, en los Estados Unidos?

—Derek Talbot, agente especial de la CIA —recitó con monotonía *lord* Melville, moviendo su cabeza en sentido afirmativo—. Sí, Lee. Howard Mann, el superintendente McCaine y yo, hemos examinado los informes remitidos desde los Estados Unidos por la Central de Inteligencia. Hubo un agente de ese nombre. Figura como víctima de un asesino llegado de Europa, conocido como Desmond Lee, aunque no poseen su ficha ni datos concretos. Talbot fue muerto a tiros por la espalda, sorprendido por su asesino. Han

enviado inmediatamente dos especialistas de la CIA para interrogarle, Lee...

—¿Lo ve, doctora? —murmuró tristemente Desmond—. Es inútil cerrar los ojos a la realidad. Por fea y terrible que resulte, es la realidad. Hay que aceptarla.

Ella no supo qué decir. Incluyó la cabeza, con expresión de profunda amargura. El hombre del Gobierno, *lord* Percival Melville, consultó dificultosamente su reloj de pulsera, a causa de su hombro herido en el atentado de Hyde Park.

—El señor Mann debe estar a punto de llegar —dijo—. Creo que también tendremos hoy aquí a *sir* Brian Pendleton, ansioso por ocuparse de sus trabajos del Intelligence Service. ¿Por qué no deja de torturarse, amigo Lee, y espera que ellos resuelvan su caso del modo más adecuado?

—Sí, es lo que haré —suspiró Desmond amargamente—. Si al menos hubiera llegado hasta el «Doctor X»...

—Era esperar demasiado —sonrió el aristócrata con un encogimiento de hombros—. Ese individuo, sea quien sea, es demasiado listo para nosotros, no cabe duda...

—Y demasiado malvado también —añadió Desmond con sequedad. Luego meneó la cabeza, y pareció recordar algo—. Ah, por cierto, antes de abandonar el barco, tuve ocasión de arrebatar algo a mis captores... Creo que nadie se dio cuenta de ello porque estaba atado con las manos a la espalda.

—¿De qué se trata? —se interesó la doctora Turner vivamente.

—Había alguien a espaldas mías durante cierto tiempo. Moví los dedos con habilidad, y le quité algo que me había intrigado en determinadas ocasiones. Me refiero a ese hombre que tenía contacto en exclusiva con su jefe, el «Doctor X». Ian Gregson, el jefe visible de ese grupo que opera en Londres... Llevaba en su chaqueta siempre una especie de botón prendido de la solapa, una insignia deportiva de un club de fútbol galés. No encajaba mucho en él, porque nunca le oí hablar de temas de deporte. En un instante, cuando me alzaban del asiento para llevarme a una celda, mis dedos tiraron de su solapa... y le arranqué ese botón. Ni siquiera se dio cuenta.

—¿Y...? —se sorprendió la doctora Turner, mientras el funcionario del Gobierno de Su Majestad enarcaba las cejas,

mirándole muy fijamente.

—Y aquí lo tengo —suspiró Desmond Lee con una vaga sonrisa, extrayéndolo de su muñeca, donde lo había adherido a la correa de su reloj—. Es magnético. Pero observe algo: es como un microemisor de ondas. En alguna parte deben detectarse si uno pulsa así el botón...

Lo pulsó. *Lord Melville* estaba en ese momento haciendo algo con su propio reloj. Pero fuese lo que fuese, no llegó a tiempo de conseguirlo. El reloj del funcionario del Gobierno emitió un suave, repetido zumbido, apenas Desmond presionó el botón con aspecto de insignia deportiva que mostraba en sus dedos. Insistió en presionarlo, y el zumbido se repitió.

Sheila Turner miró, asombrada, hacia el punto donde ese sonido brotaba.

—¿Qué significa eso? —preguntó, con perplejidad.

—Sin duda un reflejo magnético de ese objeto —sonrió el aristócrata—. Es curioso...

—Muy curioso, *lord Melville* —sonó fría la voz de Desmond—. ¿Por qué tendría que detectar su reloj una determinada frecuencia de emisión procedente de un microemisor de Ian Gregson, el lugarteniente en Londres del «Doctor X»... a menos que usted, *lord Melville*, sea el propio «Doctor X»?

—¡Cielos! —exclamó la doctora, palideciendo—. Eso es cierto...

Lord Melville estaba muy pálido. Tragó saliva. Su mano había dejado de manipular en su reloj, intentando sin duda desconectar el sistema de detección. En vez de eso, había extraído una pequeña pistola automática provista de silenciador, de entre los pliegues de su cabestrillo. Apuntó con ella fríamente, tanto a Desmond Lee como a la doctora Turner.

—Será mejor que ninguno de ustedes grite ni haga nada —avisó duramente. Sus ojos habitualmente apacibles, tenían un colérico y helado destello—. Como comprenderán, estoy dispuesto a matarles si tratan de llamar la atención de alguien hacia este despacho...

—Nos matará de todos modos —silabeó Desmond—. Sabemos demasiado para dejarnos vivir ahora, ¿no es cierto, *lord Melville*?

—Maldito sea, Desmond, usted es un asqueroso traidor que ha complicado mucho las cosas —jadeó el aristócrata que ocupaba tan alto cargo en el Gobierno—. Ahora tuvo que manipular ese

microemisor, para desenmascaramme. ¿Es que sospechaba de mí?

—Sinceramente, sí —suspiró Lee—. Tenía que haber alguien mezclado entre la gente importante del país, entre personas clave de la política británica, para llegar tan lejos en sus planes, para descubrir que yo era un traidor, y otras cosas así. Howard Mann no podía ser. *Sir* Brian estaba en el hospital, y *sir* Ronald murió asesinado en Hyde Park. La doctora Turner no podía entrar en mis sospechas en modo alguno. Quedaba usted, como persona muy afín a los Servicios de Inteligencia, con buena amistad con todos los que podían facilitarle, inconscientemente, datos de alto secreto e informes confidenciales...

—Pero a mí me habían atacado en Hyde Park —sonrió duramente *lord* Melville—. ¿No le hizo desvanecer eso sus sospechas?

—Por el contrario, *lord* Melville. Su leve herida era la mejor coartada en lo sucesivo. Usted sabía que *sir* Brian y *sir* Ronald iban a pasear esa mañana a Hyde Park. Lo dispuso todo, sin duda alguna, y dio instrucciones de que a *lord* Melville solo le hirieran, cosa que así hizo Vanessa Taylor, mi cómplice de entonces.

—¡Usted también tenía orden de disparar! —rugió *lord* Melville—. Y no solo no lo hizo, sino que intentó arrollar a Vanessa para que no disparase a tiempo ni con tino, me di cuenta de ello...

—¿De veras? —Desmond pareció sorprendido—. Eso no lo sabía. Tal vez tuve un rasgo de honestidad, aun siendo la clase de hombre que soy, *lord* Melville. De modo que le interesaba esta vez eliminar a importantes funcionarios británicos... ¿Quién le pagaba por eso, y cuál era su motivo real para semejante complot, «Doctor X»?

—Eso nunca lo sabrá usted ni nadie —cortó el aristócrata fríamente—. Mis clientes en todo el mundo son demasiado importantes para figurar en ningún fichero policial o de los Servicios de Inteligencia, Lee. Una multinacional del Crimen Político debe cuidar su discreción profesional al máximo...

—Su multinacional de violencias y traiciones se ha terminado, *lord* Melville —silabeó Desmond—. Este es el final del «Doctor X».

—Se equivoca. Este es su final. El suyo y el de la doctora Turner. Lo lamento, pero no me dejan otra salida posible.

—¿Cómo justificará dos crímenes en este lugar, *lord* Melville? —indagó ella, tensa.

—Siempre se pueden justificar —rio él—. Diré que fuimos atacados... Prepararé bien las cosas, no lo duden. Yo siempre lo hago todo a la perfección. Por eso sobrevivo y por eso mi organización tiene tentáculos en todo el mundo, mi querida doctora...

—Tentáculos que sin usted, su cabeza, terminarían muertos en poco tiempo —dijo Desmond abruptamente—. Lo siento, *lord* Melville. Se trata de usted o nosotros...

—¡No lo intente! —rugió el aristócrata—. ¡Le mataré!

—Me matará de todos modos —replicó Desmond. Y se arrojó sobre el funcionario del Gobierno resueltamente.

La doctora gritó. El arma se desvió hacia Desmond, haciendo fuego. La sangre saltó de la sien del doble agente. Este pegó un salto hacia atrás, y golpeó el mueble, cayendo a la alfombra pesadamente.

En ese momento, *lord* Melville giró su arma hacia ella, dispuesto a repetir el mortal disparo en ella.

Y justo entonces, retumbó una potente detonación.

Lord Melville exhaló un ronco grito de dolor, se tambaleó, y fue dando tumbos contra el muro, con un tremendo boquete en el pecho, por el que empezaba a fluir la sangre copiosamente. El disparo, hecho a la altura del lado derecho de su torso, hizo perder toda energía a su brazo, y su silenciosa arma cayó al suelo.

En una puerta del despacho, Howard Mann, el superintendente McCaine y dos policías, empuñaban armas de fuego. Una de ellas, la de Mann, humeaba todavía, tras el disparo hecho contra el alto miembro del Gobierno.

—Llegamos a tiempo, doctora —suspiró Mann roncamente. Miró con pesar al inmóvil Desmond Lee—. Lástima que no hayamos llegado a tiempo para él...

La doctora Turner corrió hacia el cuerpo inerte de Lee, con expresión de profundo dolor. *Lord* Melville jadeó, tambaleante, mirando a Mann:

—¿Cómo supieron ustedes, maldita sea... lo que ocurría aquí?

—No lo sabíamos, *lord* Melville —respondió duramente Howard Mann—. Solo lo sospechábamos. Porque acabamos de recibir en Inteligencia un mensaje urgente cifrado, procedente de los Estados Unidos. Dos agentes de la CIA vienen hacia Inglaterra. Pero los de

la Agencia Central de Inteligencia norteamericana, han preferido remitirnos a la vez un mensaje en el que nos advierten de que no se haga daño alguno a Desmond Lee, pese a su historial delictivo... porque Desmond Lee ha muerto ya hace tiempo, en los Estados Unidos, bajo las balas de los agentes de la CIA.

—¡Qué estupidez! —barbotó lord Melville, lívido, ensangrentado, cayendo en un asiento, al borde del desmayo—. Él es Desmond Lee, el que yo he matado ahora aquí...

—No, *lord* Melville. Ese hombre no es Desmond Lee —terció el superintendente McCaine—. Acabamos, de saberlo. Cuando la CIA mató a Desmond Lee, pensó un plan maestro... y envió a Inglaterra a un agente suyo, Derek Talbot, a quien dio oficialmente por muerto a manos de Lee... y ese agente, Derek Talbot, tras pasar por una perfecta intervención de cirugía plástica en su país... se convirtió en el Desmond Lee que tenemos ahí ahora...

—¡Vive! —clamó la doctora Turner en ese momento, que no escuchaba nada de cuanto ellos decían—. ¡Desmond Lee vive aún, señor Mann! ¡La bala, milagrosamente, rozó tan solo lateralmente su frente y sien, desgarrando la piel y provocando la hemorragia y el desvanecimiento inmediato, pero nada más!

—Bien, después de todo, el agente norteamericano Derek Talbot, alias Desmond Lee, y alias Jim Smith, ha vuelto a la vida —sonrió Howard Mann con alivio—. Una vez más, ese hombre vuelve a vivir. Dos veces ha muerto en realidad. Una, como el falso Desmond Lee, al perder su memoria. Otra, ahora mismo, como Derek Talbot... Eso, sin contar con la aparente muerte real de Derek Talbot, allá en los Estados Unidos... Es curioso... El destino de ese hombre parece ser siempre el mismo: morir, volver a vivir, volver a morir...

En esos momentos, el caído se incorporaba lentamente, miraba con torpeza a su alrededor, y musitaba con voz ronca:

—¿Qué... qué ha sucedido? ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes?

La doctora Turner le miraba fijamente el rostro surcado por regueros de sangre, y tuvo una rápida intuición. Le dijo con voz firme:

—¿Se encuentra bien, señor Talbot?

Y con toda naturalidad, respondió el herido:

—Sí, muy bien... Pero ¿cómo sabe usted mi nombre... y quién es

usted, señorita?

—Dios mío, qué situación... —se lamentó el superintendente, abriendo mucho los ojos—. Ha recuperado la memoria... y ha olvidado el resto.

FINAL

Esa ha sido mi historia.

Repito que he falseado nombres, situaciones y lugares intencionadamente, porque el asunto, como ven, es «alto secreto». Pero la historia es tal y como yo la viví.

Yo, Derek Talbot, agente especial de la CIA. Yo, Desmond Lee, asesino sin piedad. Yo, Jim Smith amnésico al servicio del Intelligence Service británico. Extraña y fantástica historia la mía.

Por fortuna, esta vez me ha sido mucho más sencillo recordar mi segunda vida, la que comenzó a raíz del atentado de Hyde Park donde, realmente, lo que intenté fue salvar las vidas que Vanessa Taylor, una criminal, tenía que segar sin clemencia. Ahora sé quién es Howard Mann, quién el superintendente McCaine, quién la doctora Turner... y quién Jim Smith. Lo he recordado, ayudado por la doctora Turner nuevamente.

Lord Melville, el «Doctor X», será encerrado de por vida. Nunca saldrá de la celda a él destinada, ni su edad creo que le permita vivir demasiado. Se desarticuló la siniestra organización criminal que vendía sus servicios a potencias de todo tipo, comercializando el crimen político a escala mundial. Sus tentáculos ya no existen o están aislados y en vías de extinción.

Y yo...

Yo me he quedado un tiempo en Londres, con permiso de mis superiores de Washington, disfrutando de unas bien ganadas vacaciones. Ahora me siento tranquilo, porque sé que nunca fui un asesino. Desmond Lee intentó matarme a mí en América, por encargo de una célula de actividades antiamericanas, y yo le maté a él, eso fue todo. Luego, ocupé su puesto, alterando mis facciones en un quirófano de cirugía plástica. Por fortuna, el tal Lee no era nada feo, aunque debo admitir que tampoco lo fue nunca Derek Talbot.

Gracias a eso, mi buena amistad con la doctora Sheila Turner, mi adorada psiquiatra, va a terminar en algo más que una amistad. Creo que la llevaré conmigo a los Estados Unidos. O tal vez ella me retenga consigo en Inglaterra, con las mujeres nunca se sabe lo que va a ocurrir, cuando uno se enamora.

Pero esto ya es otra historia. La de mi tercera vida.

Porque yo he muerto ya dos veces. En mí han muerto Desmond Lee y Jim Smith. Y ha sobrevivido Derek Talbot. Que, por cierto, espero que viva aún muchos años...

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

{1} Nombre familiar que se da habitualmente en Inglaterra a los policemen tradicionales, de negro uniforme y casco típico. (Nota del E.)

{2} Alusión a la famosa frase americana que dice, en inglés *There is no business like show business*, utilizada incluso para titular un famoso musical de Broadway. Su origen es una creencia muy arraigada entre los profesionales del teatro y las variedades cuyo sentido va implícito en la frase misma. (N. del E.)